

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

XXV AÑOS DE LA VERITATIS SPLENDOR

La naturaleza como
fundamento de la
vida moral

Conciencia y mora-
lidad a la luz de la
«Veritatis splendor»

¿Qué he de hacer
bueno para alcan-
zar la vida eterna?

La perfección y los
preceptos evangé-
licos se dirigen a
todos

El papa nos invita a
rezar el rosario

A los XX años de la
«Fides et ratio»



El joven rico, Heinrich Hoffmann (siglo XIX)

«Se le acercó uno...». En el joven, que el evangelio de Mateo no nombra, podemos reconocer a todo hombre que, conscientemente o no, se acerca a Cristo, redentor del hombre, y le formula la pregunta moral. (...) Esta pregunta es, en última instancia, un llamamiento al Bien absoluto que nos atrae y nos llama hacia sí; es el eco de la llamada de Dios, origen y fin de la vida del hombre.

Sumario

<i>Veritatis splendor</i> . Anotaciones sobre una encíclica de actualidad excepcional Dr. Juan Antonio Mateo, Pbro	3
La naturaleza como fundamento de la vida moral Enrique Martínez	6
Conciencia y moralidad a la luz de la <i>Veritatis splendor</i> Pedro del Rio de Murtinho	10
¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna? Lucas Prieto	15
La perfección y los preceptos evangélicos se dirigen a todos	19
El Papa pide rezar cada día el santo rosario y acudir a san Miguel Arcángel	20
El santo rosario, una oración universal J. Torras i Bages	21
Breve historia del rosario	23
León XIII, el Maligno y la protección del arcángel san Miguel José Oriol Anguera de Sojo	26
Recomendación de santo Tomás según la encíclica <i>Fides et ratio</i> José M ^a Petit Sullá (†)	29
La perversión del lenguaje Francesc M ^a Manresa i Lamarca	31
Mártires españoles del s. xx	32
Monumentos al Sagrado Corazón de Jesús	33
Centenario de la consagración de España al Corazón de Jesús	35
Orientaciones bibliográficas	37
Hemos leído	38
Iglesia perseguida	40
Pequeñas lecciones de historia	42
Actualidad religiosa	43
Actualidad política	45

RAZÓN DEL NÚMERO

EN el número anterior dedicamos las páginas de nuestra revista a reflexionar sobre el significado de los acontecimientos del mayo del 68 y constatábamos cómo su influencia ha llegado hasta nuestros días, especialmente en el ámbito de los criterios y juicios sobre la vida moral. Por otro lado, el 6 de agosto último se cumplían los 25 años de la encíclica *Veritatis splendor* de san Juan Pablo II, sin duda, uno de los documentos doctrinales más importantes de su largo y fecundo pontificado. Dos hechos de tan distinta naturaleza pero que inciden sobre una misma realidad: la vida moral en la sociedad contemporánea.

La mayor parte de los despropósitos morales por los que atraviesa nuestra sociedad, como son el divorcio, el aborto, la eutanasia, etc, tienen en gran parte sus raíces en el oscurecimiento de las inteligencias, envueltas en la nube de un confucionismo radical. Se nos presentan como liberaciones y conquistas lo que no son más que fracasos y humillaciones. Ante la incapacidad de ser fieles a un compromiso definitivo se defiende el divorcio, ante la pusilanimidad para asumir el sacrificio que puede comportar acoger una nueva vida o cuidar de un enfermo terminal, se defiende la atrocidad y el sin sentido del derecho al aborto y a la eutanasia, y así podríamos seguir con un conjunto de pretendidos y falsos «derechos» calificados tantas veces como «conquistas de la modernidad». Las consecuencias están a la vista de quien no quiera cerrar los ojos a la realidad. La plaga de la pornografía; la violencia irrumpiendo cada vez con mayor frecuencia en la vida familiar, sin que las instancias políticas, a pesar de sus repetidas y manidas declaraciones, encuentren remedio a tales degradantes y vergonzosos hechos; la grave crisis demográfica, dando lugar a una Europa sin hijos, con un futuro más que problemático. Desgraciadamente hay que reconocer que, en alguna medida, también estas conductas han penetrado en ambientes católicos.

Ante esta triste y trágica realidad nos tendríamos que preguntar: ¿Que ha ocurrido? La respuesta podemos encontrarla releyendo la encíclica *Veritatis splendor*. Una falsa autonomía de la voluntad humana, la afirmación de la libertad desvinculada de toda verdad, el desprecio a la ley natural, la negación del último fin del hombre como conductor de toda su vida, son señalados por Juan Pablo II como causas del desvarío moral dominante. Además, es necesario tener presente que toda crisis moral tiene su fundamento en una crisis de fe, así nos lo recordaba también san Juan Pablo II en su encíclica *Fides et ratio*, de la que se cumplen actualmente los veinte años de su publicación. La posmodernidad no sólo desprecia las verdades de fe, sino que también niega a la razón su capacidad para conocer la verdad. Repasando esta encíclica recuperamos la luminosa y actual enseñanza de santo Tomás sobre las relaciones entre fe y razón.

No queremos dejar de mencionar en estas líneas la recomendación del papa Francisco a rezar el Rosario, terminándolo con las oraciones «*Sub tuum praesidium*» y la invocación al arcángel san Miguel. En este momento de turbación espiritual en el mundo y en la Iglesia, les dirigimos nuestras oraciones para que nos acojan en su «*praesidium*» y nos defiendan de las asechanzas del diablo.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Antoni Prevosti Monclús
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2^a
08002 Barcelona
Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Anebri Artes Gráficas, C.I.F A-80083017

«*Veritatis splendor*». Anotaciones sobre una encíclica de actualidad excepcional

DR. JUAN ANTONIO MATEO, PBRO



I. Las grandes intuiciones de la encíclica

EN los documentos emanados por el magisterio pontificio encontramos textos circunstanciales que a los pocos años pierden vigencia sin que esto afecte a la veracidad de su contenido y al mismo tiempo hallamos documentos que a pesar del paso de los años conservan toda su oportunidad, más aún, se hacen más oportunos y pertinentes. Yo creo que es el caso de la *Veritatis splendor*. Una encíclica que releída hoy parece aún más luminosa. Si me dieran a elegir un solo documento del fecundo y extenso documento del magisterio de san Juan Pablo II, sin duda alguna me quedaría con esta encíclica. En este breve artículo voy a presentar algunas de sus ideas directrices y una pequeña antología de textos, con la esperanza de que sirva de aperitivo para leerla y estudiarla a fondo, pues trata de cuestiones de grandísima actualidad y de capital importancia para conducir adecuadamen-

te nuestra vida y alcanzar nuestro verdadero destino que es la bienaventuranza eterna. Algunas reflexiones que ofrezco están sacadas de la excelente página www.mercaba.org de información, documentación y reflexión cristiana.

Veritatis splendor presenta los fundamentos de la vida moral teniendo en cuenta la situación cultural que vivimos y analizando algunas propuestas teológicas. Incide en un análisis profundo de la libertad, de la libertad en la verdad, pues no hay otra. No en vano Juan Pablo II afirmó que él se quedaría con una frase del Evangelio: «La verdad os hará libres». En el concepto de libertad, de hecho y según se comprenda, se articula una u otra antropología. Juan Pablo II señala certeramente que no hay libertad fuera de la verdad. La cuestión de la verdad ha sido soslayada por muchas corrientes de pensamiento moderno y contemporáneo. A veces uno se pregunta, contemplando ciertos debates o iniciativas, si todavía queda alguien a quien

importe la verdad. La cínica y comodona observación de Pilato sobre la verdad ha arraigado profundamente en la mente y la vida de tantos hombres de nuestro tiempo. La subjetividad y el consenso suplen a menudo el interés por la verdad. Los mismos inicios de la encíclica presentan con nitidez su objetivo: «Recordar algunas verdades fundamentales de la doctrina católica, que en el contexto actual corren el riesgo de ser deformadas o negadas». El Papa advertía que algunas corrientes de pensamiento acaban con la libertad humana separándola de su relación esencial y constitutiva con la verdad.

Los principales errores se concretan en la negación o minimización de la ley natural y en la pretensión de negar a la Iglesia toda enseñanza moral vinculante, especialmente al afirmar que existen actos intrínsecamente malos *per se* y mandatos válidos en toda circunstancia. También se denuncia el grave error de separar fe y moral como si sólo la Iglesia pudiera pronunciarse en cuestiones de fe, dejando los temas de conducta al juicio de la conciencia.

La vida cristiana es un todo y de hecho el análisis de la fe nos hace ver que en su dimensión más profunda la fe es obediencia a Dios en la propia vida y conducta. Santo Tomás hablaba de una dimensión imprescindible de la fe: el «*credere Deo*», obedecer

Los preceptos del Decálogo no son imposiciones externas a la persona y tampoco son el término de la vida moral: los mandamientos no deben ser entendidos como un límite mínimo que no hay que sobrepasar, sino como una senda abierta para un camino moral y espiritual de perfección, cuyo impulso interior es el amor

al Señor nuestro Dios, pues «no entrará en el Reino de los Cielos el que sólo dice “Señor, Señor...”, sino el que hace la voluntad del Padre». Expresión típica de esta vivencia esquizofrénica del cristianismo es el tópico «creyente no practicante» que en realidad es increyente y desobediente.

Es sumamente interesante releer la aguda reflexión de Juan Pablo II remitiendo a los fundamentos bíblicos de la moral cristiana con una penetrante meditación sobre el diálogo entre Jesús y el joven rico (Mt 19, 16-22) en el primer capítulo de la encíclica. La pregunta sobre cómo conseguir la vida eterna, nuestro verdadero destino, en palabras del Papa, no se refiere tanto a las reglas que hay que observar, cuanto a la aspiración central de toda decisión y de toda acción humana. La acción moral tiende a la bienaventuranza. La pregunta

es un eco de la llamada de Dios, Bien absoluto, que nos atrae hacia sí. De esta perspectiva se ha de partir para renovar la teología moral, como quiso el Concilio Vaticano II, de manera que su exposición ponga de relieve la altísima vocación que los fieles han recibido en Cristo.

Juan Pablo II, así, presenta el fundamento de la moral cristiana en su horizonte amplio y atractivo, con una exposición que oxigena, lejos de todo legalismo o rigorismo, de visiones estrechas y casuísticas extenuantes. Al hilo del pasaje evangélico, muestra que la vida moral es el crecimiento del hombre en la libertad entendida como realización de nuestra verdad según el designio de Dios.

Los mandatos del Señor, los mandamientos, señalan el camino con seguridad. Concretan básicamente el bien a realizar y el mal a evitar y como señales de tráfico en la carretera de la vida, su observación nos conduce a puerto seguro. Los preceptos del Decálogo constituyen «la primera etapa necesaria en el camino hacia la libertad». No son imposiciones externas a la persona y tampoco son el término de la vida moral: Los mandamientos no deben ser entendidos como un límite mínimo que no hay que sobrepasar, sino como una senda abierta para un camino moral y espiritual de perfección, cuyo impulso interior es el amor.

La cultura actual, hay que reconocerlo con Juan Pablo II, en algunas de sus corrientes, ha destacado el sentido más profundo de la dignidad de la persona y de su unicidad, así como el respeto debido al camino de la conciencia, pero estas conquistas quedan, en otras corrientes del pensamiento de hoy, desvirtuadas por varias desviaciones: Se ha llegado a exaltar la libertad hasta el extremo de considerarla como un absoluto, que sería la fuente de los valores y ha atribuido a la conciencia individual las prerrogativas de una instancia suprema

del juicio moral, hasta llegar a una concepción radicalmente subjetiva del juicio moral.

Tales errores están estrechamente relacionados con la crisis en torno a la verdad, que lleva a una ética individualista, para la cual cada uno se encuentra ante su verdad, diversa de la verdad de los demás. Esta crisis explica la paradoja de que nuestro tiempo, en el que tanto se ha exaltado la libertad, sea a la vez la época de los determinismos de toda clase.

La tentación luciferina «seréis como dioses» ha embriagado gran parte de la conciencia moderna. La Encíclica recuerda el principio antropológico fundamental de la creaturalidad constitutiva del ser humano y saca las consecuencias. El Papa explica que la doctrina católica reconoce una justa autonomía del hombre. Recuerda que sólo Dios tiene poder de decidir so-

bre el bien y el mal, lo que no significa arbitrariedad: Dios, «que sólo Él es bueno», conoce perfectamente lo que es bueno para el hombre y en virtud de su mismo amor se lo propone en los mandamientos. De modo que la ley natural no manda otra cosa sino el mismo bien humano, y por eso es, a la vez que ley divina, ley del propio hombre. Además, Dios ha dejado al hombre en manos de su albedrío. Así pues, la autonomía consiste en que el hombre posee en sí mismo la propia ley, recibida del Creador, pero no puede significar la creación, por parte de la misma razón, de los valores y las normas morales. Una perversión particularmente nefasta de esta gran verdad la advertimos en la ideología de género, que Benedicto XVI definió como suprema rebelión contra el Creador.

La Encíclica es extensa. Acabo recogiendo el resto de sus intuiciones fundamentales:

-Puesto que las normas éticas derivan de la común naturaleza humana, incluyen preceptos que obligan a todos y siempre. La naturaleza humana trasciende la diversidad de las culturas.

-La conciencia puede errar. Nunca es aceptable confundir un error subjetivo sobre el bien moral con la verdad objetiva.

-Los pronunciamientos de la Iglesia sobre cuestiones morales no menoscaban la libertad de conciencia, porque esa libertad no es nunca «con respecto a» la verdad sino sólo «en» la verdad.

- Es importante la opción fundamental de orientar la vida hacia Dios. Pero, aunque no haya un rechazo explícito de Dios, se incurre en pecado mortal por una transgresión voluntaria de la ley moral en materia grave.

-Si los actos son intrínsecamente malos, una intención buena o determinadas circunstancias pueden atenuar su malicia, pero no pueden suprimirla.

-Sería ingenuo pensar que se presta un servicio al hombre aguantando la moral. La genuina comprensión debe significar amor al verdadero bien de la persona, a su libertad auténtica.

-La alianza entre democracia y relativismo ético priva a la convivencia de referencias morales seguras.

Anímense los lectores a releer o leer esta luminosa encíclica. Entenderán mucho mejor lo que acontece y encontrarán luz para afrontarlo.

II. Breve antología de textos

LEEMOS en el libro del Génesis: «Dios impuso al hombre este mandamiento: de cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio».

Con esta imagen, la Revelación enseña que el poder de decidir sobre el bien y el mal no pertenece al

hombre, sino sólo a Dios. El hombre es ciertamente libre, desde el momento en que puede comprender y acoger los mandamientos de Dios. Y posee una libertad muy amplia, porque puede comer «de cualquier árbol del jardín». Pero esta libertad no es ilimitada: el hombre debe detenerse ante el «árbol de la ciencia del bien y del mal», por estar llamado a aceptar la ley moral que Dios le da. En realidad, la libertad del hombre encuentra su verdadera y plena realización en esta aceptación. Dios, «que sólo Él es Bueno», conoce perfectamente lo que es bueno para el hombre, y en virtud de su mismo amor se lo propone en los mandamientos.

La ley de Dios, pues, no atenúa ni elimina la libertad del hombre, al contrario, la garantiza y promueve. (VS, 35)

La verdadera autonomía moral del hombre no significa en absoluto el rechazo, sino la aceptación de la ley moral, del mandato de Dios: «Dios impuso al hombre este mandamiento...» (Gen 2, 16). La libertad del hombre y la ley de Dios se encuentran y están llamadas a compenetrarse entre sí, en el sentido de la libre obediencia del hombre a Dios y de la gratuita benevolencia de Dios al hombre. Y por tanto, la obediencia a Dios no es, como algunos piensan, una heteronomía, como si la vida moral estuviese sometida a la voluntad de una omnipotencia absoluta, externa al hombre y contraria a la afirmación de su libertad. En realidad, si heteronomía de la moral significase negación de la autodeterminación del hombre o imposición de normas ajenas a su bien, tal heteronomía estaría en contradicción con la revelación de la Alianza y de la Encarnación redentora, y no sería más que una forma de alienación, contraria a la sabiduría divina y a la dignidad de la persona humana. (VS, 41)

La libertad del hombre, modelada sobre la de Dios, no sólo no es negada por su obediencia a la ley divina, sino que solamente mediante esta obediencia permanece en la verdad y es conforme a la dignidad del hombre, como dice claramente el Concilio: La dignidad del hombre requiere, en efecto, que actúe según una elección consciente y libre, es decir, movido e inducido personalmente desde dentro y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa. El hombre logra esta dignidad cuando, liberándose de toda esclavitud de las pasiones, persigue su fin en la libre elección del bien y se procura con eficacia y habilidad los medios adecuados para ello. El hombre, en su tender hacia Dios, debe hacer libremente el bien y evitar el mal. Pero para esto el hombre debe poder distinguir el bien del mal. Y esto sucede, ante todo, gracias a la luz de la razón natural, reflejo en el hombre del esplendor del rostro de Dios. (VS, 42)

La naturaleza como fundamento de la vida moral

ENRIQUE MARTÍNEZ

«La naturaleza no existe»

AFIRMA el filósofo y psicoanalista lacaniano Slavoj Žižek que «la naturaleza no existe» sino como «dispersión caótica».¹ Sigue en esto a Friedrich Nietzsche, para quien «el carácter total del mundo es por toda la eternidad el caos».²

Esta negación del orden de la naturaleza y su sustitución por el caos es juzgada muy lúcidamente

Esta negación del orden de la naturaleza se debe en última instancia a que la naturaleza es «sombra de Dios», y por eso hay que eliminarla

por José M^a Petit como una de las características esenciales de la postmodernidad. Ello se debe en última instancia a que la naturaleza es «sombra de Dios», y por eso hay que eliminarla. Ni siquiera debe proclamarse un naturalismo inmanentista en el que una naturaleza ordenada sea divinizada sustituyendo al Dios Creador; por el contrario, sólo cabe afirmar el imperio absoluto del azar, que imposibilita hallar un sentido racional a la existencia del mundo y una causa última de la misma. «Esta tesis —explica Petit—, física y metafísicamente imposible, me recuerda el acto primero de la representación de los populares *pastorets* catalanes, en concreto la obra llamada *L'Estel de Natzalet* del Dr. Pàmies en que, en el acto primero con que se inicia la representación, se produce un diálogo entre el ángel fiel a Dios, Miguel, y el ángel caído, Luzbel, en que este último, Satanás, le dice a san Miguel que él no ha sido creado por Dios sino que el azar los creó a ambos, tesis típicamente maniquea, pero que viene al caso recordar. El azar en la postmodernidad es creador».³

Las consecuencias de esta doctrina en el orden moral son inmediatas y gravísimas. No se discute ya

qué es y qué no es natural, ni se puede hablar de actos contra natura, y mucho menos de pecado contra Dios, sino que el bien y el mal es lo que cada uno quiera que sea, sin razón alguna que lo justifique. Se trata de la construcción sin fin del propio devenir propia del «hombre fáustico», en expresión de Francisco Canals; en efecto, cuando el soberbio e insatisfecho protagonista del drama de Goethe pregunta al diablo qué camino hay que tomar, Mefistófeles le responde:

«¡No hay ningún camino! Vas adonde nadie pisó ni podrá pisar».⁴ Desde esta premisa, cualquier defensa de lo natural y cualquier rechazo de lo contra natura deberán ser igualmente combatidos. Es así como hay que entender la imperante ideología de género con todas las perversas variantes que se de-

rivan; su gran enemigo, al que destruir sin piedad, es la familia fundada sobre el matrimonio natural entre un hombre y una mujer.

La naturaleza significa el enraizamiento del devenir en el ser

PERO que la naturaleza existe es algo evidente a los sentidos, como ya reconoce Aristóteles. Y quien niega algo evidente lo hace por haber caído en las redes de las argumentaciones sofisticadas o, aún peor, en las redes diabólicas que le llevan al pecado de protervia.

¿Qué es entonces la naturaleza, tan denostada en la postmodernidad? El mismo Aristóteles recoge cinco sentidos del término griego *physis*, que asume luego santo Tomás como sentidos del término *natura*: generación vital, principio intrínseco de la generación vital, principio intrínseco del movimiento, forma y materia en tanto que principios del movimiento, y esencia específica que es el fin de la generación. Mas el Aquinate destaca en la naturaleza como generación algo no apuntado por el Estagirita, y es la conjunción entre generante y generado. No se trata de un mero «contacto» entre el móvil y

4. J.W. von GOETHE, *Fausto* II, act.1. Cf. Francisco CANALS, «Teoría y praxis en la perspectiva de la dignidad personal», en *Espíritu* XXV (1976) 74, p.121-128.

1. Slavoj ŽIŽEK, *Looking Awry*, MIT Press, Cambridge MA, 1991, p. 38.

2. Friedrich NIETZSCHE, *La gaya ciencia* III, 109.

3. José M^a PETIT, «La pérdida del sentido de la naturaleza en la modernidad», en Id., *Obras completas. Al servicio del reinado de Cristo* t. II, p. 555.

lo movido, sino un surgimiento, una pertenencia de lo generado al generante: «De ahí —explica Petit— que aunque el que nace es otro que el generante, es engendrado junto a él, desde él. Y ésta es la idea de la naturaleza, la pertenencia del obrar al ser, como al árbol le *pertenecen* los retoños, como a la madre le *pertenecen* los hijos»⁵... y como al hombre le pertenecen sus obras. Éstas no son pura exterioridad, sino que están unidas al sujeto que obra como lo generado al generante: «Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7, 20). ¡Qué hermosa es entonces la vida moral, manifestativa de la naturaleza del hombre, de su naturaleza racional! Más aún, de su ser personal.⁶ ¡Qué hermosa es sobre todo la vida familiar, lugar natural en el que se revela con más claridad la obra de Dios!

El combate postmoderno contra la naturaleza conlleva la desaparición de este enraizamiento de las obras en el ser personal. Sin la naturaleza deja de existir un orden moral, pero desaparece asimismo su sujeto, la persona: «El antropocentrismo radical —explica Canals— expresado en la primacía absoluta de la praxis cancela el reconocimiento de aquello que es *dignissimum in tota natura*. Persona es *nomen dignitatis*, pero esta dignidad entitativa no puede ser admitida, ni en sí mismo ni en el prójimo, por el hombre endiosado y suicida entregado al mito de la acción sin fin».⁷ La consecuencia es descrita por Canals de este sugerente modo: «Un literato conocedor del mundo de hoy podría fingir, con fundamento en la realidad, la biografía novelesca de este *hombre a quien nadie miró*,

que podría haber sido reiteradamente fotografiado, radiografiado, sometido a análisis clínicos, y tests psicológicos, y cuyos datos podrían estar archivados en abundantes ficheros y memorias electrónicas, [la biografía de un hombre que,] en su trágica soledad, perdido en lo público y sumergido en la socialización impersonal de pretendidas *relaciones humanas*, podría ser caracterizado con el título de *el hombre a quien nadie miró*».⁸

Las inclinaciones naturales y los preceptos de la ley natural

EL enraizamiento del obrar en el ser se manifiesta en las inclinaciones naturales, pues todo lo que es natural está ordenado intrínsecamente a obrar para alcanzar un fin, que es su

propia perfección. Santo Tomás identifica las siguientes inclinaciones naturales: primero está la que es común a toda sustancia, que la lleva a conservar el propio ser; luego la común a todo animal, que lo mueve a engendrar y criar la prole; y finalmente las inclinaciones específicas del hombre, que lo mueven a conocer la verdad acerca de Dios y a vivir en sociedad.⁹

Y como aquello a lo que está inclinado el hombre lo aprehende como bueno y, por tanto, como algo que debe ser procurado, «de ahí —concluye el Aquinate— que el orden de los preceptos

de la ley natural sea correlativo al orden de las inclinaciones naturales».¹⁰ Se refuta así la acusación kantiana de extrinsecismo o heteronomía a la moral fundada en la ordenación natural a la propia perfección; sin duda, esta ley natural es participación de la ley eterna, pero ha sido impresa por Dios en el mismo corazón del hombre para que, siguiendo sus inclinaciones naturales, sea con su razón y el gobierno de sí mismo ministro de la Providencia.

Así, por la primera inclinación a conservar el pro-



5. José M^a PETIT, «La aportación tomista al concepto de naturaleza», en Id., *Obras completas. Al servicio del reinado de Cristo* t. II, p. 538.

6. «Particular e individuo se encuentran de un modo mucho más específico y perfecto en las sustancias racionales que dominan sus actos, siendo no sólo movidas, como las demás, sino que también obran por sí mismas. Las acciones están en los singulares. Es así como, de entre todas las sustancias, los singulares de naturaleza racional tienen un nombre especial. Este nombre es persona» (Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae* I, q. 29, a. 1 in c.).

7. Francisco CANALS, *ibid.*, p. 112.

8. *Ibid.*, p. 112-113.

9. Cf. Santo TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae* I-II, q. 94, a. 2 in c.

10. *Ibid.*

pio ser «pertenece a la ley natural todo aquello que ayuda a la conservación de la vida humana e impide su destrucción».¹¹ De este modo, es de ley natural el trabajo, por el que se buscan los bienes necesarios para la alimentación, el vestido, la vivienda, etc.; la medicina, por la que se intenta la recuperación de la salud; o la milicia, por la que se busca defender la vida de los compatriotas. Y son contrarios entonces a la ley natural el suicidio, el aborto, la eutanasia y

En Cristo se contempla mejor que en ningún otro hombre la naturaleza humana y la vida moral que le corresponde, de modo particular en el seno de la Sagrada Familia

toda forma de homicidio contra el inocente.

Por la segunda inclinación a engendrar y criar la prole, «se consideran de ley natural las cosas que la naturaleza ha enseñado a todos los animales, tales como la conjunción de los sexos, la educación de los hijos y otras cosas semejantes».¹² De este modo, son de ley natural el matrimonio para toda la vida entre un hombre y una mujer, la familia fundada en el matrimonio, y la educación de los padres a los hijos, de la que deriva subsidiariamente toda otra educación natural. Son contrarias entonces a la ley natural las diferentes formas de sexualidad fuera del matrimonio, o que excluyan la generación de los hijos, o realizadas entre personas del mismo sexo, así como la intromisión abusiva del Estado en la educación de los hijos.

Y por la tercera inclinación a conocer la verdad acerca de Dios y a vivir en sociedad, «pertenece a la ley natural todo lo que atañe a esta inclinación, como evitar la ignorancia, respetar a los conciudadanos y todo lo demás relacionado con esto».¹³ De este modo son de ley natural la enseñanza y comunicación de la verdad, sobre todo la referida a Dios, principalmente en la educación, pero también en otros ámbitos de la vida social, como el judicial, el político, el comercial, el periodístico, etc. También es de ley natural el gobierno de la comunidad política en orden a promover por medio de la ley positiva la consecución de todos los bienes referidos anteriormente, que pertenecen al bien común por cuanto son exigencias de la naturaleza humana; y entre ellos el correspondiente a la verdad acerca de Dios, que es el más propiamente humano, y de ahí que

11. Ibid.
12. Ibid.
13. Ibid.

sea una exigencia de la ley natural que en la vida política se tribute a Dios el culto debido. En consecuencia, son contrarias a la ley natural la mentira en todas sus formas –fraude, perjurio, difamación, etc.–; la enseñanza de doctrinas falsas –relativismo, escepticismo, ateísmo, etc.– y la prohibición de enseñar la doctrina verdadera; la promulgación de leyes injustas, y sobre todo en favor del «laicismo, o sea, de la apostasía de la sociedad moderna que pretende alejarse de Dios y de la Iglesia».¹⁴

Conviene apuntar finalmente que el fundamento último de toda inclinación a la propia perfección y a la comunicación de ésta se encuentra en la bondad divina. Ciertamente, quiso Dios crear este mundo, liberalmente y no por necesidad o indignancia, sino sólo para comunicar su bondad.

Por consiguiente, debe decirse que todo bien creado se ordena a la bondad divina, y busca asemejarse a ella inclinándose por naturaleza a su propia perfección,¹⁵ y también comunicando a otros esta perfección.¹⁶ De ahí que rechazar las exigencias de la ley natural conlleva una radical oposición a la misma bondad divina.

La gracia no destruye la naturaleza sino que la supone y perfecciona

MAS puede el hombre cumplir todas estas exigencias de la ley natural con sus solas fuerzas? Sí podía en el estado de naturaleza, excepto en lo referente a la consecución de los bienes sobrenaturales. Pero no puede en el estado actual de corrupción consecuencia del pecado original. Con admirable precisión lo explica santo Tomás: «En el estado de corrupción, el hombre ya no está a la altura de lo que comporta su propia naturaleza, y por eso no puede con sus solas fuerzas naturales realizar todo el bien que le corresponde. Sin embargo, la naturaleza humana no fue corrompida totalmente por el pecado hasta el punto de quedar despojada de todo el bien natural; por eso, aun en este estado de degradación, puede el hombre con sus propias fuerzas naturales realizar algún bien particular, como edificar casas, plantar viñas y otras cosas así; pero no puede llevar a cabo todo el bien que le es connatural sin incurrir en alguna de-

14. Pío XI, *Dilectissima nobis*.

15. Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae* I, q. 44, a. 4 in c.

16. Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae* I, q. 106, a. 4 in c.

ficiencia. Es como un enfermo, que puede ejecutar por sí mismo algunos movimientos, pero no logra la perfecta soltura del hombre sano mientras no sea curado con la ayuda de la medicina».¹⁷

Y por ello, para llevar una vida moral conforme a la propia naturaleza –y por supuesto para la vida sobrenatural– el hombre necesita de la gracia. Pero no hay que olvidar aquel principio capital del Aquinate: «Como quiera que la gracia no suprime la naturaleza, sino que la perfecciona, es necesario que la razón natural esté al servicio de la fe, de la misma forma que la tendencia natural de la voluntad se somete a la caridad».¹⁸

El Verbo eterno de Dios mismo asumió la naturaleza humana en su integridad, y nadie ha seguido las inclinaciones naturales más perfectamente que Jesucristo: «El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros, excepto en

el pecado».¹⁹ Por eso en Cristo se contempla mejor que en ningún otro hombre la naturaleza humana y la vida moral que le corresponde, de modo particular en el seno de la Sagrada Familia.

Es precisamente de su corazón humano traspasado por amor que mana la gracia que auxilia nuestra naturaleza caída, sanándola y elevándola con todas

El Verbo eterno de Dios mismo asumió la naturaleza humana en su integridad, y nadie ha seguido las inclinaciones naturales más perfectamente que Jesucristo

sus inclinaciones para poder amar con caridad divina en la vida familiar, en las amistades, en el taller y la empresa, en la comunidad política, en la historia: «Sólo aquel que es el Unigénito del Padre y el Verbo hecho carne *lleno de gracia y de verdad*, al descender hasta los hombres, oprimidos por innumerables pecados y miserias, podía hacer que de su naturaleza humana, unida hipostáticamente a su divina Persona, brotara *un manantial de agua viva* que regaría copiosamente la tierra árida de la humanidad, transformándola en florido jardín lleno de frutos».²⁰

17. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae* I-II, q.109, a.2 in c.

18. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae* I, q.1, a.8 ad 2.

19. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes* 22.

20. Pío XII, *Haurietis aquas* n.8.



Conciencia y moralidad a la luz de la *Veritatis Splendor*

PEDRO DEL RIO DE MURTINHO

El nuevo precepto moral

ENTRE los ideales de nuestros días no cabe duda de que la autonomía ocupa un lugar capital, siendo como un principio a priori que informa y estructura todos los temas en discusión. De este modo, en el campo de la moral, se dice que el obrar libre del hombre no puede ser regulado por nada extrínseco, ajeno a la conciencia del propio individuo, siendo esta «la norma suprema que siempre se debe seguir, incluso frente a la autoridad»¹. La conciencia se muestra, entonces, como el criterio de moralidad de la actualidad —la cual no está exenta

Siempre permanece en lo más profundo de su corazón la nostalgia de la verdad absoluta y la sed de alcanzar la plenitud de su conocimiento

de discursos morales—; «obrar en conciencia», «ser coherente con tus principios». La única norma por la cual un acto se podría juzgar bueno o malo es por el «hecho mismo de que proviene de la conciencia»² (n.32). Por otra parte, la autoridad, las leyes morales universales, la religión, la naturaleza humana, serían aquellas concepciones de una humanidad todavía adolescente, que funda su obrar en algo ajeno a su propia conciencia, y que por lo mismo constituyen una limitación extrínseca, un yugo insostenible para el hombre de hoy.

No cuesta mucho descifrar que este discurso «va a la par de la secularización»³. Sin embargo, esta manera de pensar también se ha introducido en el ambiente cristiano, poniendo en duda la moral tradicional de la Iglesia. En efecto, el progresismo insertado en la Iglesia, presenta como superada «la doctrina

tradicional sobre la ley natural y sobre la universalidad y permanente validez de sus preceptos» (n.4). Con el mandamiento del nuevo amor presentado por Jesucristo, se vendría a insertar una moral de una decisión fundamental para la cual «tendrían importancia sólo algunas intenciones y actitudes interiores ante Dios y el prójimo» (n.37). La palabra de Dios, de este modo, «se limitaría a proponer una exhortación (...), que luego sólo la razón autónoma tendría el cometido de llenar de determinaciones normativas verdaderamente objetivas, es decir, adecuadas a la situación histórica concreta» (n.37). Se revive así de algún modo aquella antigua herejía dualista que oponía al «Dios bueno» del Nuevo Testamento —que representa esta nueva moral de conciencia—, el «Dios malo» del Antiguo Testamento, y con él la rigidez del Decálogo, las obligaciones y prohibiciones universales de una conciencia esclava. Este nuevo dualismo se daría en la forma de una

escisión entre fe y moral, como si «sólo en relación con la fe se deban decidir la pertenencia a la Iglesia y su unidad interna, mientras que se podría tolerar en el ámbito moral un pluralismo de opiniones y de comportamientos, dejados al juicio de la conciencia subjetiva individual o a la diversidad de condiciones sociales y culturales» (n.4).

Pero, ¿es la libertad, propia del hombre hecho a imagen y semejanza de Dios, delimitada por las leyes morales universales? ¿Es el actuar guiado por la autoridad de los preceptos de la ley divina, reafirmados por Jesucristo, algo contrario a la voz de la conciencia? Parece ser que «la cuestión de la conciencia se ha convertido en el punto crucial de la discusión, sobre todo en el ámbito de la teología moral católica»⁴.

Siendo esta la situación actual del mundo y de la Iglesia, el papa san Juan Pablo II presentó la encíclica *Veritatis splendor*, dedicada a «afrontar algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia» (n.5). A la luz de esta encíclica intentaremos iluminar la cuestión de la conciencia y la moralidad, y con ello veremos que «la libertad

1. Card. J. RATZINGER. *Conciencia y verdad*. Conferencia dada en Dallas (1991) durante el X Seminario de Obispos p.1

2. N. del T.: Para los textos de la encl. *Veritatis splendor* de SAN JUAN PABLO II hemos transcrito la versión publicada por la ed. San Pablo, Santiago, 1993.

3. S. PINCKAERS. Para leer la *Veritatis splendor*. Madrid 1996, Rialp. p.69

4. CARD. J. RATZINGER. *Conciencia y verdad*. p.1

del hombre y la ley de Dios no se oponen, sino, al contrario, se reclaman mutuamente» (n.17).

Origen filosófico de la problemática contemporánea

ESTA situación dialéctica de la moral se relaciona con una «crisis en torno a la verdad» (n. 32). En efecto, «abandonada la idea de una verdad universal sobre el bien, que la razón humana pueda conocer, ha cambiado también inevitablemente la concepción misma de la conciencia» (n. 32). Para el nominalismo –germen del liberalismo– es imposible el acceso a la verdad de las cosas. Siendo así, estas dejan de ser queridas porque son buenas, porque si no las podemos conocer en lo que son, no pueden atraer al sujeto según su ser, pues, su perfección nos sería desconocida. Así se invierte el orden del querer: las cosas son buenas simplemente porque son queridas por la voluntad. De modo que si la naturaleza humana es indiferente a la causalidad atractiva de las cosas, es «esencialmente indiferente a todo fin»⁵. No habría un fin inscrito en la naturaleza del hombre, en el cual éste encontraría su plenitud y felicidad. Pero como el nominalismo se enmarcaba todavía en un ambiente cristiano, la bondad de los actos del sujeto humano –que sería independiente a todo fin– se salvaguardaba por un decreto a priori y

5. A. DE MURALT. *La estructura de la filosofía política moderna*. Madrid 2002, Istmo. p.72

obligatorio de la voluntad divina, y que de ningún modo tendría que ver con las aspiraciones de la naturaleza humana. Es decir, para el nominalismo, Dios bien podría haber decretado al hombre «amarle u odiarle, amar u odiar al prójimo». Es una imposición extrínseca y caprichosa a la naturaleza indiferente del hombre, una auténtica alienación. De este modo «la condición de la moralidad es, pues, para la voluntad, la conformidad de su acción práctica con el precepto absoluto de Dios»⁶. Y por eso el acto moral «no es ni fundamental ni terminalmente amor, es esencialmente obligación, y su moralidad es su legalidad»⁷.

Pero si la ley divina es una alienación para la naturaleza creada esencialmente libre, en el sentido de indiferencia absoluta respecto a todo bien, es evidente que en un ambiente no cristiano se rechazará este mandato a priori de Dios. Así, quedará como legado para el pensamiento moderno la indiferencia del hombre al bien y al fin, pero ya no será la voluntad divina la que determine a priori la bondad de los actos morales sino la misma conciencia humana. Así se origina «una concepción del hombre centrada en la libertad, que la considera –de una manera o de otra– como la fuente de los valores morales»⁸. Por su libertad y razón, «el sujeto humano –en su conciencia– sería a fin de cuentas el juez del bien y del mal»⁹.

6. *Ibidem*. p.74

7. *Ibidem*. p.80

8. S. PINCKAERS. *Para leer la Veritatis splendor*. p. 70

9. *Ibidem*.

La libertad de conciencia no es libertad respecto a la verdad

La autoridad de la Iglesia, que se pronuncia sobre las cuestiones morales, no menoscaba de ningún modo la libertad de conciencia de los cristianos; no sólo porque la libertad de la conciencia no es nunca libertad con respecto a la verdad, sino siempre y sólo en la verdad, sino también porque el Magisterio no presenta verdades ajenas a la conciencia cristiana, sino que manifiesta las verdades que ya debería poseer, desarrollándolas a partir del acto originario de la fe. La Iglesia se pone sólo y siempre al servicio de la conciencia, ayudándola a no ser zarandeada aquí y allá por cualquier viento de doctrina según el engaño de los hombres (cf. Ef 4, 14), a no desviarse de la verdad sobre el bien del hombre, sino a alcanzar con seguridad, especialmente en las cuestiones más difíciles, la verdad y a mantenerse en ella.

Veritatis splendor, 64

DICE el Papa al comenzar la encíclica: «las tinieblas del error o del pecado no pueden eliminar totalmente en el hombre la luz de Dios Creador. Por esto, siempre permanece en lo más profundo de su corazón la nostalgia de la verdad absoluta y la sed de alcanzar la plenitud de su conocimiento. Lo prueba de modo elocuente la incansable búsqueda del hombre en todo campo o sector. Lo prueba aún más su búsqueda sobre el sentido de la vida» (n.1). En efecto, no parece ser que la conciencia humana sea el fundamento último de aquello en lo que encuentra el hombre su felicidad, y por lo mismo, no parece que sea «indiferente» a tal o cual otro bien. Como dice el Pontífice, el interrogante sobre el sentido de la vida es la mayor manifestación de esta verdad; si el hombre decidiera su propio destino no podría haber esta «búsqueda incansable», este interrogante, tampoco habrían tris-

De la misma aspiración íntima a la felicidad –que mueve a la libertad– que sólo encontramos en Dios y de la inviolable dignidad de la persona humana, depende la universalidad e inviolabilidad de la ley moral.

tezas, errores o fracasos. «Es evidente –dice santo Tomás–, que el hombre está ordenado a algo como a su fin, ya que no es él el sumo bien»¹⁰. Este interrogante que nos inquieta es una exigencia de nuestra misma naturaleza. En efecto, es algo que no hemos puesto y de lo cual depende nuestra felicidad, pues es precisamente una sed de alcanzar la plenitud que no encontramos en nosotros mismos.

El Papa, desde el comienzo, pone en conexión esta aspiración a la felicidad –íntima y radical– con el obrar moral a través de la palabra del joven rico: «¿Qué es lo bueno para la vida?» (Mt 19,6) (n. 6). Esta pregunta –que orienta la encíclica– «atañe al pleno significado que se ha de dar a la vida, antes de hacer referencia a las reglas que hay que observar; expresa la aspiración al Bien absoluto, que muestra al hombre la llamada de Dios, origen y fin de la vida del hombre»¹¹. Es decir, esta «búsqueda sobre el sentido de la vida», que es eco de «la llamada de Dios», nos revela el sentido de lo que se ha de hacer en la vida. Así no vemos el obrar moral con un lega-

lismo extrínseco y que nada tiene que ver con la fe y las decisiones fundamentales:

«En el joven (...) podemos reconocer a todo hombre que, conscientemente o no, se acerca a Cristo, Redentor del hombre, y le formula la pregunta moral. Para el joven, más que una pregunta sobre las reglas que hay que observar, es una pregunta de pleno significado para la vida. En efecto, esta es la aspiración central de toda decisión y de toda acción humana, la búsqueda secreta y el impulso íntimo que mueve la libertad. Esta pregunta es, en última instancia, un llamamiento al Bien absoluto que nos atrae y nos llama hacia sí; es el eco de llamada de Dios, origen y fin de la vida del hombre» (n.7).

El Papa nos ha puesto de relieve que el joven rico –en quien se expresa «todo hombre»– intuye que «hay una conexión entre el bien moral y el pleno cumplimiento del propio destino» (n.8); lo que se debe obrar o no, debe entenderse en relación a

nuestra aspiración radical a Dios, por eso mismo hay que acercarse a Cristo «para obtener de Él la respuesta sobre lo que es bueno y lo que es malo» (n.8). Y Cristo responde: «¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno sólo es el bueno» (Mt 19,17) (n.6), con ello Jesús pone de manifiesto que Él es la «plenitud de la vida, término último del obrar humano, felicidad perfecta» (n.9).

Es por eso que «la vida moral se presenta como la respuesta debida a las iniciativas gratuitas que el amor de Dios multiplica en favor del hombre» (n.10).

Así, también, Jesucristo viene a dar el pleno significado a los Mandamientos, por cuanto estos «indican al hombre el camino de la vida eterna y a ella conducen» (n.12). En efecto, los mandamientos son expresión de aquello mismo que está inscrito en el corazón del hombre, y que se fundamenta en su aspiración radical a la felicidad. Por eso el Pontífice recalca una «centralidad del Decálogo» (n.13): Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Este es el mandamiento fundamental, que se inscribe en la gratuidad del amor de Dios. Pero también es fundamental el mandamiento del amor al prójimo: «en este precepto se expresa precisamente la singular dignidad de la persona humana, la cual es la única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma (cf. GS 24) (n.13)». Todos los otros mandamientos de la «segunda tabla» son derivados de este mandamiento. Por ser las personas las únicas criaturas amadas por sí mismas por Dios es por lo que sin el amor al prójimo «no es posible el auténtico amor a Dios» (n.14). De esta «unidad inseparable da testimonio Jesús con sus palabras y su vida: su

10. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma teológica*. Madrid 2012: BAC. I-II q.2 a.5 in c.

11. S. PINCKAERS, *Para leer la «Veritatis splendor»*, p.26.

misión culmina en la Cruz que redime, signo de su amor indivisible al Padre y a la humanidad» (n. 14).

Así hemos podido ver que las leyes morales y los mandamientos distan de ser una determinación caprichosa y extrínseca a la libertad del hombre, sino que ponen de manifiesto la misma aspiración radical del hombre que es «el impulso íntimo que mueve a la libertad» (n. 7). Por eso también el llamamiento de Jesucristo no exime de la ley, sino que «lleva a cumplimiento los mandamientos de Dios (...) interiorizando y radicalizando sus exigencias» (n. 15). Jesús muestra que son «una senda abierta para un camino moral y espiritual de perfección, cuyo impulso interior es el amor» (n. 15). De la misma aspiración íntima a la felicidad —que mueve a la libertad— que sólo encontramos en Dios y de la inviolable dignidad de la persona humana, depende la universalidad e inviolabilidad de la ley moral. Una «excepción a la norma» decretada por la conciencia se contradeciría con la felicidad del hombre.

Jesús da plenitud a los mandamientos en el llamamiento a adherirse a su misma persona, quitando con su amistad todo espejismo de legalismo. Y como los mandamientos deben entenderse como «respuesta de amor», el seguimiento a Cristo constituye una radicalización de los mismos mandamientos, porque su vida es una radicalización del amor. El precepto del nuevo amor no es así una oposición a los mandamientos, sino la imitación de su amor al Padre y a los hombres. No es posible la separación entre la vida de fe y la moral.

Conciencia

DESDE esta perspectiva podemos entender que la conciencia no es el «baluarte de la libertad» ante la verdad. Porque nuestra misma subjetividad tiende a la plenitud que encontramos en Dios. Obrar por la autoridad de las leyes morales, de la verdad universal del bien, no es obrar por un principio extrínseco. La conciencia actúa guiada por la misma tendencia a la plenitud que fundamenta las leyes morales universales. Dice el Pontífice que «la conciencia da testimonio de la rectitud o maldad del hombre al hombre mismo, pero a la vez y antes aún, es testimonio de Dios mismo, cuya voz y cuyo juicio penetran la intimidad del hombre hasta las raíces de su alma, invitándolo *fortiter et suaviter* a la obediencia» (n. 58). Se trata entonces de una «capacidad de reconocimiento»¹²,

12. Card. J. RATZINGER. *Conciencia y verdad*. p.8

un «testigo» (n. 57) del «eco de la llamada de Dios» —que es nuestra propia aspiración a la felicidad que encontramos en Dios— por la cual puede juzgar aquello que es bueno o malo. La conciencia es un «juicio moral sobre el hombre y sus actos» (n. 59). Entender la conciencia como el fundamento de lo bueno y lo malo, como aquello que nos exime de las leyes universales, es su más grande perversión. «El juicio de la conciencia no establece la ley, sino que afirma la autoridad de la ley natural y de la razón práctica con relación al bien supremo, del cual

Entender la conciencia como el fundamento de lo bueno y lo malo, como aquello que nos exime de las leyes universales, es su más grande perversión.

la persona humana acepta el atractivo y acoge los mandamientos» (n. 60). La conciencia es garantía de que en nuestros actos se realice aquello que es conforme con el bien supremo, origen de nuestra «aspiración central», de la «búsqueda que mueve la libertad». Así entendemos que la «la dignidad de la conciencia deriva siempre de la verdad» (n. 63).

La reducción de la conciencia a una certidumbre subjetiva (algo es bueno porque simplemente lo quiero), implica la renuncia a la verdad.¹³ Por esta razón se vuelve algo que esclaviza. Desprendida de la verdad, nos aleja del Bien absoluto, por cuanto se guía por cualquier convicción personal superficial o las opiniones dominantes del mundo o los impulsos de las pasiones. Nos encierra en nosotros mismos, no pudiendo llevarnos a la verdad del mundo circundante, lo que hace imposible la plena comunión con los hombres; encierra al sujeto en sí mismo¹⁴, en su propia soledad.

Yugo suave y carga ligera

SIN embargo, «el hombre descubre que su libertad está inclinada misteriosamente a traicionar esta apertura a lo verdadero y al bien, y que demasiado frecuentemente, prefiere, de hecho, escoger bienes contingentes, limitados y efímeros» (n. 86). En ese sentido la ley moral puede presentársenos como un yugo, como algo que contraría nuestra voluntad, nuestra libertad. «Más aún, dentro de los errores y opciones negativas, el hom-

13. Cf. *Ibidem*. p.4

14. Cf. Card. J. RATZINGER. «La renovación de la teología moral en la perspectiva del Concilio Vaticano II» en *Rev. Humanitas* n. 71, otoño 2013. p. 573

bre descubre el origen de una rebelión radical que lo lleva a rechazar la Verdad y el Bien para erigirse en principio absoluto de sí mismo: Seréis como dioses (Gen 3,5). La libertad, pues, necesita ser liberada. Cristo es su libertador: para ser libres nos libertó Él (Gal 5,1)» (n. 86).

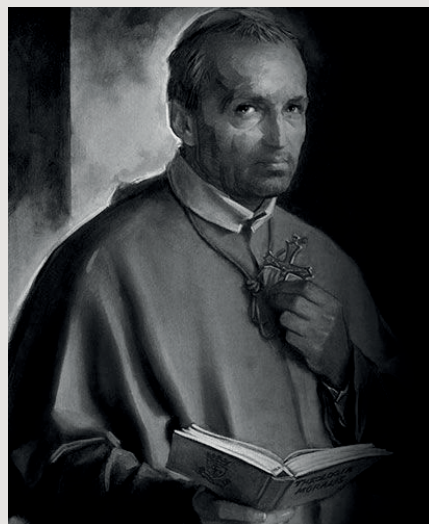
Jesús ha venido a mostrarnos «el significado auténtico de la libertad» (n. 85), que lo «vive plenamente en el don total de sí y llama a los discípulos a tomar parte en su misma libertad» (n. 85). Don total que posibilita realizar el llamamiento a la felicidad del hombre en el amor a Dios y al prójimo. Por esto «Jesús pide que le sigan y le imiten en el camino del amor, de un amor que se da totalmente a los hermanos por amor de Dios. (...) El modo de actuar de Jesús y sus palabras, sus acciones y sus preceptos constituyen la regla moral de la vida cristiana»

(n. 20). Entendiendo que la aspiración a la plenitud se realiza en este amor, podemos ver que «seguir a Cristo no es una imitación exterior, porque afecta al hombre en su interioridad más profunda. Ser discípulo de Jesús significa hacerse conforme a Él, que se hizo servidor de todos hasta el don de sí mismo en la Cruz» (n. 21). Pero, «imitar y revivir el amor de Cristo no es posible para el hombre con sus solas fuerzas» (n. 22). La imitación «es fruto de la gracia, de la presencia operante del Espíritu Santo en nosotros» (n. 21). Sólo en Cristo la Verdad deja de ser una limitación, porque su «yugo es suave y su carga ligera» (Mt 11,30)¹⁵.

15. Cf. Card. J. RATZINGER. *Conciencia y verdad*. p.11

Las enseñanzas de san Alfonso M^a de Liguorio, de gran actualidad

San Alfonso, sobre todo en su obra principal, titulada *Teología moral*, propone una síntesis equilibrada y convincente entre las exigencias de la ley de Dios, esculpida en nuestros corazones, revelada plenamente por Cristo e interpretada con autoridad por la Iglesia, y los dinamismos de la conciencia y de la libertad del hombre, que precisamente en la adhesión a la verdad y al bien permiten la maduración y la realización de la persona. A los pastores de almas y a los confesores Alfonso recomendaba ser fieles a la



doctrina moral católica, asumiendo al mismo tiempo una actitud caritativa, comprensiva, dulce, para que los penitentes se sintieran acompañados, sostenidos y animados en su camino de fe y de vida cristiana. (...) En nuestra época, en la que son claros los signos de pérdida de la conciencia moral y —es preciso reconocerlo— de cierta falta de estima hacia el sacramento de la Confesión, la enseñanza de san Alfonso sigue siendo de gran actualidad.

BENEDICTO XVI, audiencia general, 30 de marzo de 2011

¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna? Una reflexión sobre la determinación moral de los actos humanos

LUCAS PRIETO

Un problema relativo al fin

LA pregunta del joven rico (con la que se abre este trabajo) señala el marco adecuado donde debe plantearse el tema de la moralidad de los actos humanos. En ella el problema relativo a las obras cobra sentido en cuanto deben conducirnos a la vida eterna. En efecto, no tiene sentido hablar de la moralidad de los actos humanos si no se considera previamente el problema del fin. «La moralidad de los actos está definida por la relación de la libertad del hombre con el bien auténtico» (VS 72). De este modo, la bondad o malicia del obrar se toma con referencia al término hacia el cual se ordena; así, bueno será lo que conduzca al fin y malo lo que aparte de él.

Por este motivo, al hablar de moral no podemos pensar en un conjunto arbitrario de leyes que reciben su carácter preceptivo de la pura voluntad del legislador o del consenso de la mayoría, sino que debemos caer en la cuenta de que, si existe el deber, este depende exclusivamente de la presencia de un fin previamente querido. En otras palabras, la moral

nunca es un deber por el deber, sino en todo caso, un deber por la volición de algo más grande.

En este contexto la Iglesia, apoyándose en la Palabra de Dios, ha enseñado que existen actos que son intrínsecamente desordenados porque en ningún caso y en ninguna circunstancia pueden ser ordenados a la consecución del fin último al cual está el hombre llamado: «hay comportamientos con-

El problema relativo a las obras cobra sentido en cuanto deben conducirnos a la vida eterna.

cretos cuya elección es siempre errada porque ésta comporta un desorden de la voluntad, es decir, un mal moral» (CEC 1761). Así, por ejemplo, el adulterio, el robo o el asesinato.

Esta doctrina, sin embargo, pacíficamente aceptada en la Iglesia, entró en crisis en los años posteriores al Concilio Vaticano II. Probablemente debido a una reacción contra la presentación en exceso legalista de la casuística, aparecieron distintos sistemas morales que

(...) Dícese que la rectitud de intención es la celestial alquimia que trueca al hierro en oro, esto es, las más triviales acciones, como trabajar, comer, recrearse, descansar, hechas por Dios, las trueca en oro de santo amor. Por eso opinaba santa María Magdalena de Pazzi que los que obran con recta intención cuanto hacen, van derechos al Paraíso, sin pasar por el Purgatorio. Así debíamos hacer nosotros también, y hasta, una vez empezada la obra, no estaría de más que renovásemos de cuando en cuando la intención de agradar a Dios.

San Alfonso M^a de LIGORIO, *Práctica del amor a Jesucristo*, cap. VII



Vocación de san Mateo, Caravaggio (siglo XVII)

intentaron justificar la bondad o malicia de los actos humanos desde un nuevo parámetro moral que se encontraba en abierto contraste con la ley divina y las enseñanzas tradicionales de la Iglesia (cf. VS 76)¹.

Puesto que este artículo no tiene por objeto una discusión académica sobre el tema, sino que busca ofrecer una presentación sumaria del problema a la luz de la encíclica *Veritatis splendor*, explicaremos primero brevemente (y de modo quizás algo esquemático) algunos sistemas morales que se apartan de la doctrina moral tradicional para presentar, en segundo lugar, el tema denominado clásicamente «sobre las fuentes de la moralidad».

Algunos modelos de la moral autónoma

EN el capítulo II de la *Veritatis splendor*, titulado expresivamente «no os conforméis a la mentalidad de este mundo», se encuentran dos apartados que pueden guiarnos en el estudio de los sistemas morales erróneos que queremos abordar: uno de ellos está dedicado a la «opción fundamental» y el otro al «teleologismo». Aunque referidos a problemáticas no exactamente idénticas (el primero hace referencia a la relación entre los

actos concretos y el fin, mientras que el segundo mira más directamente a la determinación moral de dichos actos), nos parece interesante tratar aquí ambos sistemas porque en último término ambos terminan relativizando la moralidad de los actos humanos en particular.

La opción fundamental

COMO dijimos anteriormente, la crisis postconciliar estuvo probablemente alimentada por la presentación moral que predominara en los últimos siglos; uno de los peligros de la manualística posttridentina era la parcialización de la vida moral, concentrándose de tal manera en juzgar la bondad o malicia de los actos singulares, que fácilmente se olvidaba la destinación de esto al fin de la vida humana. Se producía por ello una desnaturalización de la moral que la privaba en último término de su fundamento. A partir de aquí esta nueva teoría quiere recuperar la idea de totalidad y postula una opción fundamental como categoría moral básica que sintetizaría la vida moral. No se trata ya de juzgar primeramente sobre los actos, sino que habría que atender primero a la globalidad de la vida moral de la persona para, a partir de ahí, ver qué pueden significar los actos particulares.

Como dice el papa san Juan Pablo II: «según estos autores, la función clave en la vida moral habría que atribuirla a una opción fundamental mediante la cual la persona decide globalmente sobre sí mis-

1. Cf. Servais PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Pamplona, Eunsa, 1988, p. 313s; Gustavo IRRAZÁBAL, «El Vaticano II y la renovación de la moral: ¿misión cumplida?», *Revista de teología* 93 (2007) 309-328.

ma, no a través de una elección determinada y consciente a nivel reflejo, sino en forma trascendental y atemática» (VS 65). El problema de esta teoría no es la consideración del fin hacia el cual se dirige el agente como primer parámetro moral, sino la manera como conciben esa elección que orienta al sujeto moral hacia él. En efecto, esta teoría se soporta en un dualismo antropológico según el cual habría en el hombre una dimensión periférica o categorial referida a los bienes parciales con los que ha de habérselas mientras se encuentre en este mundo y otra región trascendental que se refiere al bien absoluto. Es en este segundo nivel donde se verificaría la opción fundamental, en cuanto que sólo a ese nivel podría darse una orientación definitiva de la persona hacia su fin.

El problema es que de este modo los actos particulares no poseen ya un valor moral en sí mismos, sino que sólo son expresión más o menos adecuada de aquella opción fundamental. De este modo, si la opción fundamental está dirigida hacia el bien absoluto, nuestros actos podrán mostrar mejor o peor dicha orientación, pero al ser actos parciales nunca podrán modificarla. «El resultado al que se llega es el de reservar la calificación propiamente moral de la persona a la opción fundamental, sustrayéndola –o atenuándola– a la elección de los actos particulares y de los comportamientos concretos» (ibid.). En otras palabras, esta teoría diluye completamente el sentido del pecado, pues los actos particulares jamás podrían modificar dicha opción, ya que ésta se encuentra en otro nivel moral; la opción fundamental así entendida equivale a afirmar que el pecado mortal no existe en nuestro obrar singular, sino solo cuando explícitamente nos orientamos en un sentido contrario al bien absoluto. La Iglesia, por el contrario, ha enseñado y definido (y el Papa lo ha recordado) que «la gracia de la justificación no sólo se pierde por la infidelidad, por la cual se pierde incluso la fe, sino por cualquier otro pecado mortal» (DH 1544; VS 68), es decir, ha enseñado que la opción fundamental (por usar su terminología) puede ser radicalmente modificada por actos particulares².

Corrientes finalistas

ACEPTANDO que los actos singulares son relevantes para juzgar sobre la moralidad de la persona, falta aún determinar en concreto cuál es el criterio de bondad o malicia de ellos. El Papa presenta en la encíclica la posición de las corrientes teleológicas (ya sea en su versión con-

secuencialista, ya sea en la proporcionalista), para las cuales el máximo criterio de moralidad es el fin. En esta perspectiva no se mira primeramente si el acto es bueno o malo en sí, sino que se afirma que la fuente principal de su moralidad depende de la intención del agente. Más en concreto, para el proporcionalismo el criterio es la ponderación de los bienes y males que se siguen de la acción (con el objetivo de maximizar los bienes), mientras que para el consecuencialismo el criterio son las consecuencias que se siguen de una acción determinada. Como se ve, ha desaparecido la objetividad moral. Por eso el Papa sostiene que «hay que rechazar la tesis, característica de las teorías teleológicas, según la cual sería imposible calificar como moralmente mala según su especie –su «objeto»– la elección deliberada de algunos comportamientos o actos determinados prescindiendo de la intención por la que la elección es hecha o de la totalidad de las consecuencias previsibles de aquel acto para todas las personas interesadas» (VS 79).

Aunque estos planteamientos se enraízan dentro del utilitarismo moral y por ello en última instancia el obrar moral queda inscrito bajo criterios puramente funcionales o reducido a un cálculo de coste-beneficio, es preciso notar que estrictamente hablando «no niegan el principio de que el fin no justifica los medios, pero lo hace de hecho inaplicable». Es decir, el sistema teleológico no pretende propiamente justificar cualquier acto por la supuesta intencionalidad buena del agente, pero como teoría moral «concibe la constitución del objeto moral de manera que se consiente, primero, una indebida neutralización moral de la acción elegida, y después, su continua redefinición sobre la base de intenciones o consecuencias posteriores»³.

El problema de estos planteamientos es el dualismo operativo subyacente, según el cual las acciones físicamente consideradas poseerían un carácter pre-moral que adquirirían su bondad o malicia moral al añadirsele la intencionalidad del agente. Es decir, una acción humana sería el resultado de una acción física indiferente más la disposición del sujeto al fin y las circunstancias o consecuencias de dicha acción. Como explica Rodríguez Luño en el artículo citado, esta manera de concebir el acto moral olvida que las acciones humanas son esencialmente intencionales y que por tanto no pueden privárseles de una objetividad intrínseca; debido a este olvido, dichos sistemas se ven obligados a añadir la consideración de la intención del sujeto o las

2. Cf. Aurelio FERNÁNDEZ, *Teología moral. Curso fundamental de la moral católica*, Madrid, Palabra, 42010, p. 195-199.

3. «*La recezione della Veritatis splendor nella letteratura teologica*», citado en: Ángel RODRÍGUEZ LUÑO, «*Veritatis splendor un anno dopo. Appunti per un bilancio*», *Acta Philosophica* 5 (1996) 47-75 [53].

circunstancias que rodean la acción para juzgar de su moralidad. Es verdad que una acción física en sí no es susceptible de juicio moral, el problema es que el agente moral nunca elige acciones físicamente consideradas, sino que siempre realiza acciones intencionales y que proceden de una deliberación;

Aun cuando la moralidad dependa fundamentalmente del objeto, es preciso también considerar la intención del agente y las circunstancias para determinar en su totalidad la bondad o malicia del acto

así por ejemplo, «llevarse el coche del vecino» en sí mismo carece de valoración moral (podría ser que me lo haya prestado), pero un sujeto moral nunca elige simplemente una acción física, sino siempre según lo que ha concebido la razón, en este caso robar el coche del vecino o hacer uso de él por una emergencia...

Fuentes de la moralidad

RECORDANDO el Papa la doctrina tradicional afirma en la encíclica que «la moralidad del acto humano depende sobre todo y fundamentalmente del objeto elegido racionalmente por la voluntad deliberada» (VS 78)⁴. Como decíamos

4. Cf. Steven LONG, «*Veritatis splendor* § 78 and the teleological grammar of the moral act», *Nova et vetera* (english edition), 6/1 (2008) 139-156; Duarte SOUSA-LARA, Aquinas on the object of the human act: a reading in light of the texts and commentators», *Josephinum Jour-*

anteriormente, lo que elige el agente moral no es pura y simplemente un comportamiento físicamente descrito, sino una acción humana, es decir, una acción que posee una intencionalidad básica constituida por la razón y que ha sido presentada a la voluntad como subsumible en el orden moral racional.

En otras palabras, el objeto moral es lo que ha elegido, sin considerar todavía en vistas a qué lo ha elegido. Ahora bien, aun cuando la moralidad dependa fundamentalmente del objeto, es preciso también considerar la intención del agente y las circunstancias para determinar en su totalidad la bondad o malicia del acto. Como dice santo Tomás: «cualquier defecto singular en la acción causa su malicia; el

bien, por el contrario, se da por la integridad de las causas» (I-II q.18 a.5 ad 3).

Para acabar, quisiéramos simplemente citar unas palabras del Papa que resumen lo que brevemente hemos querido exponer en este artículo: «la doctrina del objeto, como fuente de la moralidad, representa una explicitación auténtica de la moral bíblica de la Alianza y de los mandamientos, de la caridad y de las virtudes. La calidad moral del obrar humano depende de esta fidelidad a los mandamientos, expresión de obediencia y de amor. Por esto, –volvemos a decirlo–, hay que rechazar como errónea la opinión que considera imposible calificar moralmente como mala según su especie la elección deliberada de algunos comportamientos o actos determinados, prescindiendo de la intención por la cual se hace la elección o por la totalidad de las consecuencias previsibles de aquel acto para todas las personas interesadas» (VS 82).

nal of Theology 15/2 (2008) 243-276.

Las bienaventuranzas, el modo perfecto de vida cristiana

«Quien considere pía y sobriamente el sermón que pronunció nuestro Señor Jesucristo en el monte, tal como leemos en el evangelio según Mateo, creo que encontrará en él todo lo que concierne a las costumbres perfectas, al modo perfecto de la vida cristiana»

SAN AGUSTÍN, *De sermone Domini in monte libros duos*, I, 1 (CCSL 35,1)

La perfección y los preceptos evangélicos se dirigen a todos

QUIEN «vive según la carne» siente la ley de Dios como un peso, más aún, como una negación o, de cualquier modo, como una restricción de la propia libertad. En cambio, quien está movido por el amor y «vive según el Espíritu» (Gal 5, 16), y desea servir a los demás, encuentra en la ley de Dios el camino fundamental y necesario para practicar el amor libremente elegido y vivido. Más aún, siente la urgencia interior —una verdadera y propia necesidad, y no ya una constricción— de no detenerse ante las exigencias mínimas de la ley, sino de vivirlas en su plenitud. Es un camino todavía incierto y frágil mientras estemos en la tierra, pero que la gracia hace posible al darnos la plena «libertad de los hijos de Dios» (cf. Rom 8, 21) y, consiguientemente, la capacidad de poder responder en la vida moral a la sublime vocación de ser «hijos en el Hijo».

Esta vocación al amor perfecto no está reservada de modo exclusivo a una elite de personas. La invitación: «anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres», junto con la promesa: «tendrás un tesoro en los Cielos», se dirige a todos, porque es una radicalización del mandamiento del amor al prójimo. De la misma manera, la siguiente invitación: «ven y sígueme», es la nueva forma concreta del mandamiento del amor a Dios. Los mandamientos y la invitación de Jesús al joven rico están al servicio de una única e indivisible caridad, que espontáneamente tiende a la perfección, cuya medida es Dios mismo: «Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5, 48).

JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, 18

HEMOS visto ya que, en virtud del supremo mandamiento, todos los fieles deben tender a la perfección de la caridad, cada cual según su condición y género de vida; y que no es posible conseguir esta perfección cristiana sin poseer el espíritu de los consejos evangélicos, que es el mismo espíritu de desasimiento de que nos habla san Pablo, al advertirnos que debemos usar los bienes de este mundo «como si no los usásemos», es decir sin detenernos en ellos, sin instalarnos en la tierra como si en ella debiéramos permanecer eternamente, no nos es permitido olvidar que somos todos peregrinos que vamos camino de la eternidad, y que tenemos la obligación de crecer en la caridad hasta el término de nuestro viaje. Es ésta una obligación general que deriva del precepto fundamental.

GARRIGOU-LAGRANGE, *Las tres edades de la vida interior*, Palabra, 2003, p.237

El Papa pide rezar cada día el santo rosario y acudir a san Miguel Arcángel

Comunicado de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, 29.09.2018

EL Santo Padre ha decidido invitar a todos los fieles, de todo el mundo, a rezar cada día el Santo Rosario durante todo el mes mariano de octubre y a unirse así en comunión y penitencia, como Pueblo de Dios, para pedir a la santa Madre de Dios y a san Miguel Arcángel que protejan a la Iglesia del diablo, que siempre pretende separarnos de Dios y entre nosotros.

Recientemente, antes de partir a los países bálticos, el Santo Padre se reunió con el padre Frédéric Fornos S.I., director internacional de la Red Mundial de Oración del Papa, y le pidió que difundiera su llamamiento a todos los fieles del mundo, invitándoles a terminar el rezo del Rosario con la antigua invocación «*Sub tuum praesidium*» y con la oración a San Miguel Arcángel, que protege y ayuda en la lucha contra el mal (ver Apocalipsis 12, 7-12). La oración –afirmó el Pontífice hace pocos días, el 11 de septiembre, en una homilía en Santa Marta, citando el primer capítulo del libro de Job– es el arma contra el gran acusador que «vaga por el mundo en busca de acusaciones». Sólo la oración puede derrotarlo. Los místicos rusos y los grandes santos de todas las tradiciones aconsejaban, en momentos de turbulencia espiritual, protegerse bajo el manto de la santa Madre de Dios pronunciando la invocación «*Sub tuum praesidium*».

La invocación "*Sub tuum praesidium*" dice así:

«*Sub tuum praesidium confugimus, sancta Dei Genitrix; nostras deprecationes ne despicias in necessitatibus, sed a periculis cunctis libera nos semper, Virgo gloriosa et benedicta*».

[Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien, libranos de todo peligro, ¡oh, siempre virgen, gloriosa y bendita!]

Con esta solicitud de intercesión, el Santo Padre pide a los fieles de todo el mundo que recen para que la Santa Madre de Dios, ponga a la Iglesia bajo su manto protector, para defenderla de los ataques del maligno, el gran acusador, y hacerla, al mismo tiempo, siempre más consciente de las culpas, de los errores, de los abusos cometidos en el presente

y en el pasado y comprometida a luchar sin ninguna vacilación para que el mal no prevalezca.

El Santo Padre también ha pedido que el rezo del Santo Rosario durante el mes de octubre concluya con la oración escrita por León XIII:

«*Sancte Michael Archangele, defende nos in proelio; contra nequítiam et insidias diaboli esto praesidium. Imperet illi Deus, supplices deprecamur, tuque, Princeps militiae caelestis, Satanam aliósque spiritus malignos, qui ad perditionem animarum pervagantur in mundo, divina virtute, in infernum detrude. Amen*».

[San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha. Sé nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del demonio. Que Dios manifieste sobre él su poder, es nuestra humilde súplica. Y tú, oh Príncipe de la milicia celestial, con el poder que Dios te ha conferido, arroja al infierno a Satanás y a los demás espíritus malignos que vagan por el mundo para la perdición de las almas. Amén.]



El santo Rosario, una oración universal*

TORRAS I BAGES

PARA entender estos misterios, e identificar con ellos la vida del pueblo cristiano, la Inmaculada Virgen María inspiró a Santo Domingo de Guzmán la composición del Rosario, que ha sido durante muchos siglos, y es también hoy, la fórmula más general de la oración cristiana, la voz suplicante de todo el pueblo redimido por la sangre de Jesucristo. El universalismo del Rosario, es decir, el ser una fórmula de oración cosmopolita, de todos los pueblos, de todas las épocas, y de todas las clases de la jerarquía social, demuestra su acción iluminadora por encima de todos los espíritus, y que es una luz que nunca se apaga. La Vida, dice el sagrado Evangelio¹, es la luz de los hombres, y esta vida luminosa, es la de nuestro Señor Jesús, que contemplamos en el Rosario.

De aquí viene la permanencia de esta devoción excelentísima, que nunca pase, que siempre sea actualidad, porque es luz y vida. Hay formas de devoción transitorias, adecuadas a las circunstancias, a una época, a cierto tiempo; ésta es adecuada a todos los tiempos, incluso hasta la eternidad. Hablando de esta sustancia espiritual dijo Jesús a Marta que se le quejaba de su hermana Magdalena, embelesada a los pies del Maestro divino, que este bien nunca le sería quitado a la Santa Pecadora; del discípulo predilecto Juan, dijo también que perseveraría siempre en esta actitud espiritual.

El Maestro celestial dictó ya la sentencia, en los dos casos dichos, contra aquellos, que tanto abundan en los tiempos modernos, que no saben comprender la eternidad del Amor. Que tildan de monotonía la conversación con los seres celestiales, que se entretienen durante una buena parte de la vida con las criaturas, se enamoran de ellas, y no llegan a sentir la dulzura de la

contemplación y trato con la Belleza infinita y eterna.

La sustancia de la ley que Jesús vino a enseñar al mundo, es la contemplación y la imitación del mismo Jesús; por eso Él decía: yo soy la luz del mundo, y el que me sigue a mí no camina a oscuras. De ahí proviene que el Rosario sea una norma de vida cristiana,

porque es una contemplación divina: la contemplación de Jesús y de María a los que el Eterno envió al mundo para salvarlo, y dar a los hombres un ejemplo de vida perfecta. En los misterios de la vida terrena de Jesús y María aprendemos todas las virtudes, como también encontramos todo el auxilio necesario para practicarlas: el Rosario es un ejemplar de virtudes y una fuente de gracias, y por medio de su devota recitación ejercitamos la fe, la esperanza y la caridad.

De manera que la práctica del Santo Rosario, que predicó al mundo el glorioso padre santo Domingo, tiene visiblemente un carácter providencial.

La lengua latina dejaba de ser conocida y hablada por el pueblo, los laicos no lo entendían, y por consiguiente la sagrada liturgia con que los cristianos alababan a Dios, y le daban culto, era más difícil de ser comprendida, al menos por la generalidad; los grandes misterios cristianos quedaban así desconocidos; y por consiguiente el espíritu de piedad, la oración, la comunicación del común de los cristianos con su Dios y Señor se hacía más difícil, cuando santo Domingo apareció entre la Cristiandad, y enseñó la sencilla, pura y altísima liturgia popular del santo Rosario, cadena de oro que une el corazón de los hombres con el Padre omnipotente y eterno mediando Jesús y María, con los que nos unimos al rezarlo.

En una espiritual comunicación el apóstol san Pablo dio el libro de sus cartas al glorioso padre santo Domingo; y el espíritu de san Pablo, el amor a Jesús, la supereminencia de la acción de Jesús en el linaje humano, la mediación universal de Jesús, la vida nuestra trasplantada en Jesús, la identificación



Torras i Bages (1846-1916)

1. Juan 1,4

* Josep TORRAS I BAGES, *Obres Completes IX*, Últimes pastorals, recull d'altres escrits, 1925, 102-103.

con Jesús, es el objeto del santo Rosario que predicó el glorioso patriarca de Guzmán.

El Rosario es el puente de comunicación entre Dios y el hombre, entre el Creador y la criatura, y este puente es Jesús. Sin Él nadie puede atravesar el abismo que va de la nada, que es el hombre, a la infinidad divina. Y santo Domingo hizo este puente transitable para todos. Los efectos de la altísima contemplación de los anacoretas, monjes y ascetas, los cuales, apartados del mundo, pasan la vida en las sublimes ascensiones del espíritu, por medio del Rosario, a su manera, se hacen también asequibles al gran número de los cristianos.

El misterioso trato con Dios, la ascensión de la tierra al Cielo, que los antiguos ascetas obtenían mediante una separación del mundo, y el ejercicio de una vida absorta continuamente en la Verdad eterna, el carro de fuego del profeta Elías que lo subió a la compañía y conversación de Dios sin la transformación de la muerte, santo Domingo, ministro del Señor, lo proporciona a toda clase y condición de cristianos, sin necesidad de dejar la vida común y honesta con que debe vivir, por designios de la Providencia, la mayor parte del linaje humano, mientras va haciendo su camino por este valle de lágrimas.

Y no creáis, carísimos, que esto sea una ponderación desmedida de un devoto del Rosario. Santa Teresa, la gran contemplativa, en un lugar de sus escritos cuenta que encontró una piadosa monja que le dijo no sabía hacer meditación, sino solamente rezar padre-nuestros y avemarías; pero la Santa, que tenía el especial don de discernimiento de espíritus, penetró en el de la sencilla monja, y dice que ésta, creyéndose en un

grado inferior de vida espiritual, llegaba a una altísima comunicación con Dios, nuestro Señor.

Y en este caso se encuentran a menudo, en mayor o menor intensidad, los devotos del Rosario de María, y tal fue el objeto que se propuso el Padre celestial al mover a santo Domingo a la composición de la corona de místicas rosas, que es, como dicen sus devotos, la escalera con que el pobre pecador sube hasta encontrar a Dios. El pueblo cristiano, meditando el Rosario, llega a aquella conversación con los seres celestiales de que habla san Pablo²; llega así a sobrenaturalizar

la vida humana aquí, en la tierra, que es el objeto que se propuso el Verbo eterno al encarnarse en las purísimas y virginales entrañas de María Santísima.

Y eso que escribimos, carísimos, no es una pura especulación mental, no es un pensamiento derivado de una situada mística de espíritu, es un hecho de experiencia que se manifiesta no sólo en las generaciones pasadas de una gran generalidad de devoción, sino que también en la generación presente en las familias cristianas que conservan la piadosa costumbre de rezar cada día con la debida reverencia el Rosario de la Inmaculada Virgen María. Se hacen íntimos de Jesús y María, viven con ellos en sociedad; y la frecuencia del trato, la continuidad de la conversación, produce unas relaciones tan profundas que en todas las circunstancias de la vida, en todos los incidentes, en cualquier conflicto, Jesús y María están presentes y sale espontáneamente de los labios del devoto la exclamación: ¡Jesús !...

Ave, María purísima!

2. Flp 3,20

Oh, siempre Virgen, gloriosa y bendita

De modo muy significativo, la más antigua plegaria a María («*Sub tuum praesidium...*», «*Bajo tu amparo...*») contiene la invocación: Theotókos, Madre de Dios. Este título no es fruto de una reflexión de los teólogos, sino de una intuición de fe del pueblo cristiano. Los que reconocen a Jesús como Dios se dirigen a María como Madre de Dios y esperan obtener su poderosa ayuda en las pruebas de la vida.

JUAN PABLO II, *Catequesis* (13-IX-95)

Breve historia del rosario*

Santo Domingo de Guzmán

LA Madre de Dios, en una aparición a santo Domingo le enseñó a rezar el rosario, en el año 1208. Le dijo que propagara esta devoción y la utilizara como arma poderosa en contra de los enemigos de la fe.

Domingo de Guzmán era un santo sacerdote español que fue al sur de Francia para convertir a los que se habían apartado de la Iglesia por la herejía albigense. Esta enseña que existen dos dioses, uno del bien y otro del mal. El bueno creó todo lo espiritual. El malo, todo lo material. Como consecuencia, para los albigenses, todo lo material es malo. El cuerpo es material; por tanto, el cuerpo es malo. Jesús tuvo un cuerpo, por consiguiente, Jesús no es Dios.

También negaban los sacramentos y la verdad de que María es la Madre de Dios. Rechazaban reconocer al Papa y establecieron sus propias normas y creencias. Durante años los papas enviaron sacerdotes celosos de la fe, que trataron de convertirlos, pero sin mucho éxito. También habían factores políticos envueltos.

Domingo trabajó durante años en medio de estos desventurados. Por medio de su predicación, sus oraciones y sacrificios, logró convertir a unos pocos. Pero, muy a menudo, por temor a ser ridiculizados y a pasar trabajos, los

convertidos se daban por vencidos. Domingo dio inicio a una orden religiosa para las mujeres jóvenes convertidas. Su convento se encontraba en Prouille, junto a una capilla dedicada a la Santísima Virgen. Fue en esta capilla en donde Domingo le suplicó a Nuestra Señora que lo ayudara, pues sentía que no estaba logrando casi nada.

La Virgen pide a santo Domingo le ayude a propagar la devoción

La Virgen se le apareció en la capilla. En su mano sostenía un rosario y le enseñó a Domingo a recitarlo. Dijo que lo predicara por todo el mundo, prometiéndole que muchos pecadores se convertirían y obtendrían abundantes gracias.

Domingo salió de allí lleno de celo, con el rosario en la mano. Efectivamente, lo predicó, y con gran éxito, porque muchos albigenses volvieron a la fe católica.

Lamentablemente la situación entre albigenses y cristianos estaba además vinculada con la política, lo cual hizo que la cosa llegase a la guerra. Simón de Montfort, el dirigente del ejército cristiano y a la vez amigo de Domingo, hizo que éste enseñara a las tropas a rezar el rosario. Lo rezaron con gran devoción antes de su batalla más importante, en Muret. De Montfort consideró que su victoria había sido un verdadero milagro y el resultado del rosario. Como signo de gratitud, De Montfort construyó la primera capilla a Nuestra Señora del Rosario.



* Esta información fue tomada de la página de las Siervas de los Corazones Traspasados de Jesús y María (www.corazones.org)

Las promesas de la Virgen María a los que recen devotamente el santo rosario

UN creciente número de hombres se unió a la obra apostólica de Domingo y, con la aprobación del Santo Padre, Domingo formó la Orden de Predicadores (más conocidos como dominicos). Con gran celo predicaban, enseñaban y los frutos de conversión crecían. A medida que la orden crecía, se extendieron a diferentes países como misioneros para la gloria de Dios y de la Virgen.

El rosario se mantuvo como la oración predilecta durante casi dos siglos. Cuando la devoción empezó a disminuir, la Virgen se apareció a Alano de la Rupe y le dijo que reviviera dicha devoción. La Virgen le dijo también que se necesitarían volúmenes inmensos para registrar todos los milagros logrados por medio del rosario y reiteró las promesas dadas a Sto. Domingo referentes al rosario.

Promesas de Nuestra Señora del Rosario, según los escritos del beato Alano

1. Quien rece constantemente mi Rosario, recibirá cualquier gracia que me pida.
2. Prometo mi especialísima protección y grandes beneficios a los que devotamente recen mi Rosario.
3. El Rosario es el escudo contra el Infierno, destruye el vicio, libra de los pecados y abate las herejías.
4. El Rosario hace germinar las virtudes para que las almas consigan la misericordia divina. Sustituye en el corazón de los hombres el amor del mundo por el amor de Dios y los eleva a desear las cosas celestiales y eternas.
5. El alma que se me encomiende por el Rosario no perecerá.
6. El que con devoción rece mi Rosario, considerando sus sagrados misterios, no se verá oprimido por la desgracia, ni morirá de muerte desgraciada, se convertirá si es pecador, perseverará en gracia si es justo y, en todo caso será admitido a la vida eterna.
7. Los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin los sacramentos.
8. Todos los que rezan mi Rosario tendrán en vida y en muerte la luz y la plenitud de la gracia y serán partícipes de los méritos de los bienaventurados.
9. Libraré bien pronto del Purgatorio a las almas devotas de mi Rosario.
10. Los hijos de mi Rosario gozarán en el Cielo de una gloria singular.
11. Todo cuanto se pida por medio del Rosario se alcanzará prontamente.
12. Socorreré en sus necesidades a los que propaguen mi Rosario.
13. He solicitado a mi Hijo la gracia de que todos

los cofrades y devotos tengan en vida y en muerte como hermanos a todos los bienaventurados de la corte celestial.

14. Los que rezan el Rosario son todos hijos míos muy amados y hermanos de mi Unigénito Jesús.

15. La devoción al santo Rosario es una señal manifiesta de predestinación de gloria.

La Virgen del santo Rosario, ¡Auxilio de los Cristianos!

EUROPA y con ella toda la Cristiandad estaba en grave peligro de extinción. Sabemos, por las promesas de Jesucristo, que eso no puede ocurrir pero, humanamente, no había solución para la amenaza del islam. Los musulmanes se proponían hacer desaparecer, a punta de espada, la fe cristiana. Ya habían tomado Tierra Santa, Constantinopla, Grecia, Albania, África del Norte y España. En esas extensas regiones el cristianismo era perseguido, y muchos mártires derramaron su sangre, muchas diócesis desaparecieron completamente. Después de 700 años de lucha por la Reconquista, España y Portugal pudieron librarse del dominio musulmán. Esa lucha comenzó a los pies de la Virgen de Covadonga y culminó con la conquista de Granada, cuando los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, pudieron definitivamente expulsar a los moros de la península en el 1492. ¡La importancia de esta victoria es incalculable ya que en ese mismo año ocurre el descubrimiento de América y la fe se comienza a propagar en el nuevo continente!

La batalla de Lepanto

EN tiempos de Santo Padre Pío V (1566- 1572), los musulmanes controlaban el Mar Mediterráneo y preparaban la invasión de la Europa cristiana. Los reyes católicos de Europa estaban divididos y parecían no darse cuenta del peligro inminente. El Papa pidió ayuda, pero no le hicieron mucho caso hasta que el peligro se hizo muy real y la invasión era cierta. El 17 de septiembre de 1569 pidió que se rezase el santo Rosario. El 7 de octubre de 1571 se encontraron las dos flotas, la cristiana y la musulmana, en el Golfo de Corinto, cerca de la ciudad griega de Lepanto. La flota cristiana, compuesta de soldados de los Estados pontificios, de Venecia, Génova y España y comandada por don Juan de Austria entró en batalla contra un enemigo muy superior en número y en buques de guerra. Se jugaba el destino de la Europa cristiana. Antes del ataque, las tropas cristianas rezaron el santo Rosario con mucha devoción. La batalla de Lepanto duró hasta altas horas de la tarde pero, al final, los cristianos resultaron victoriosos.

Mientras la batalla transcurría, en Roma el Papa recitaba el Rosario en su capilla. En eso, el Papa salió de su capilla y, por aparente inspiración, anunció a todos los presentes y con gran calma que la Santísima Virgen le había concedido la victoria a los cristianos. Semanas más tarde llegó finalmente el mensaje de la victoria de parte de don Juan de Austria, quien, desde un principio, atribuyó el triunfo cristiano a la poderosa intercesión de Nuestra Señora del Rosario. Agradecido con Nuestra Madre, el papa Pío V instituyó la fiesta de Nuestra Señora de las Victorias y agregó a las letanías de la Santísima Virgen el título de «Auxilio de los Cristianos». Más adelante, el papa Gregorio III cambió el nombre de la fiesta por el de Nuestra Señora del Rosario.

El sitio de Viena

Los turcos seguían siendo poderosos en tierra y, en el siglo siguiente, invadieron Europa desde el este y, después de tomar enormes territorios, sitiaron a Viena, capital de Austria. Una vez más, las tropas enemigas eran muy superiores. Si conquistaban la ciudad, el resto de Europa caería rendida. El emperador depositó su confianza y rogó protección a Nuestra Señora del Rosario. Hubo una gran batalla y gran derramamiento de sangre y, cuando ya todo parecía perdido, el alivio llegó el día de la fiesta del Santo Nombre de María, 12 de septiembre, de 1683, cuando el rey de Polonia, Jan Sobieski, llegó al rescate al frente de un ejército cristiano, derrotando finalmente a los turcos.

La batalla de Temevar

Los turcos sufrieron otra gran derrota a manos del príncipe Eugenio de Saboya, comandante de los ejércitos cristianos, en Temevar (en la actual Rumanía), el 5 de agosto de 1716, en aquel entonces era la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves. El papa Clemente XI atribuyó esta victoria a la devoción manifestada a Nuestra Señora del Rosario. En acción de gracias, mandó que la fiesta del santo Rosario fuera celebrada por la Iglesia universal.

Los pontífices

A lo largo de los siglos los papas han fomentado la pía devoción del rezo del rosario y le han otorgado indulgencias.

Dijo Nuestro Señor: «Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20). El rosario en familia es algo maravilloso. Es un modo práctico de fortalecer la unidad de la vida familiar. Es una oración al alcance de todos. Los papas, especialmente los más recientes, han puesto gran énfasis en la importancia del Rosario en familia.

El Papa dominico, san Pío V (1566 - 1572) dió el encargo a su congregación de propagar el santo rosario. Desde entonces los papas han sido grandes devotos del rosario y de su propagación.

S.S. León XIII escribió doce encíclicas referentes al rosario. Insistió en el rezo del Rosario en familia, consagró el mes de octubre al Rosario e insertó el título de «Reina del Santísimo Rosario» en la letanía de la Virgen. Por todo esto mereció el título de «El Papa del Rosario»

Todos los papas del siglo xx han sido hijos devotísimos del santo Rosario. Su Santidad Juan Pablo II insiste en el rezo del santo Rosario en familia, en grupos, en privado. Pide que se invite a todos a rezar, a no temer el compartir tan hermosa devoción, que es una catequesis de la fe. Nos alerta de que el mundo está en crisis y nuestras fuerzas humanas no bastan. La victoria, dice el

Papa, vendrá nuevamente de la mano de la Virgen María. Es la victoria de su Hijo Jesucristo, el Señor, Rey del universo.

La importancia del rosario como medio eficaz de los creyentes ha sido confirmada no sólo por los pontífices, sino por Nuestra Madre misma, la Virgen María. Es la oración de los sencillos y de los grandes, está al alcance de todos, en todo tiempo y lugar. El rosario honra a Dios y a la Santísima Virgen de un modo especial. En Lourdes, la Virgen llevaba un rosario en la mano cuando se le apareció a santa Bernardita. Y también llevaba un rosario cuando se le apareció a los tres pastorcitos de Fátima. Y fue en Fátima donde ella misma reveló a los niños su título: «Nuestra Señora del Rosario».



León XIII, el Maligno y la protección del arcángel san Miguel*

JOSÉ ORIOL ANGUERA DE SOJO



San Miguel en el Vaticano al inicio del Sínodo de los Jóvenes

Las personas mayores de cuarenta años recuerdan todavía el rito de la misa vigente antes de la última reforma conciliar. Terminada la Eucaristía, el sacerdote, arrodillado delante del altar, generalmente entonces con el monaguillo a su lado, rezaba tres avemarías, la Salve Regina, una oración implorando la protección de la Virgen y san José, patrón de la Iglesia universal, san Pedro, san Pablo y los santos; una oración a san Miguel Arcángel implorando su protección en la lucha contra Satanás y los otros malignos espíritus, y la triple invocación al sacratísimo Corazón de Jesús para que tuviera misericordia de nosotros. Nos fijamos particularmente en la oración a san Miguel que textualmente dice: «Arcángel san Miguel defiéndenos en la batalla, sé nuestro amparo y fortaleza contra la perversidad y asechanzas del demonio. Reprímale Dios, pedimos suplicantes, y tú, príncipe de la celestial milicia, lanza al Infierno con el divino poder a Satanás y a los otros malignos espíritus que vagan por el mundo para la perdición de las almas».

Esta oración fue compuesta y ordenado su rezo al final de la misa por el propio León XIII. Veamos en qué circunstancias, transcribiendo lo publicado por la revista *Ephemerides Liturgicae* de 1955

* Artículo publicado en *CRISTIANDAD* (860) en marzo de 2003

mediante el testimonio del padre Domenico Pechenino: «No recuerdo el año exacto. Una mañana el sumo pontífice León XIII había celebrado la santa misa y estaba asistiendo a otra, de agradecimiento, como era habitual. De pronto, le vi levantar enérgicamente la cabeza y luego mirar algo por encima del celebrante. Miraba fijamente, sin parpadear, pero con un aire de terror y de maravilla, demudado. Algo extraño, grande, le ocurría.

Finalmente, como volviendo en sí, con un ligero pero enérgico ademán, se levanta. Se le ve encaminarse hacia su despacho privado. Los familiares le siguen con premura y ansiedad. Le dicen en voz baja: «Santo Padre, ¿no se siente bien? ¿Necesita algo?». Responde: «Nada, nada». Al cabo de media hora hace llamar al secretario de la Congregación de Ritos y, dándole un folio, le manda imprimirlo y enviarlo a todos los obispos diocesanos del mundo. ¿Qué contenía? La oración que rezamos al final de la misa junto con el pueblo, con la súplica a María y la encendida invocación al príncipe de las milicias celestiales, implorando a Dios que vuelva a lanzar a Satanás al Infierno».

El Papa, al parecer, compuso las dos oraciones del final de la misa, la dirigida a la Santísima Virgen, san José, los apóstoles y los santos y la más específicamente antidiabólica, la vibrante impetración a san Miguel, textualmente recogida. El Papa dispuso que las oraciones deberían ser rezadas de rodillas y la

orden fue expedida a los obispos diocesanos en 1886.

El cardenal Nasalli Rocca, en su carta pastoral para la cuaresma, publicada en Bolonia en 1946 escribe: «León XIII escribió él mismo esa oración. La frase «(los demonios) que vagan por el mundo para perdición de las almas» tiene una explicación histórica, que nos fue referida varias veces por su secretario particular, monseñor Rinaldo Angeli. León XIII experimentó verdaderamente la visión de los espíritus infernales que se concentraban sobre la Ciudad Eterna (Roma); de esa experiencia surgió la oración que quiso hacer rezar en toda la Iglesia. Él la rezaba con voz vibrante y potente: la oímos muchas veces en la basílica vaticana. No sólo esto, sino que escribió de su puño y letra un exorcismo especial contenido en el Ritual romano (edición de 1954, tít. XII, c. III, p. 863 y ss.). Él recomendaba a los obispos y los sacerdotes que rezaran a menudo ese exorcismo en sus diócesis y parroquias. Él, por su parte, lo rezaba con mucha frecuencia a lo largo del día».

El papa Pío XI quiso que al rezarse esas oraciones prescritas para después de la misa se hiciera con especial intención por Rusia y el 19 de marzo de 1930, festividad de S. José dijo «Y a fin de que todos puedan sin fatiga ni incomodidad continuar en esta santa cruzada, disponemos que esas oraciones que nuestro antecesor de feliz memoria, León XIII, ordenó que los sacerdotes y los fieles rezaran después de la misa, sean dichas con esta intención especial, es decir, por Rusia. De lo cual los obispos y el clero secular y regular tendrán cuidado de mantener informados a su pueblo y a cuantos estén presentes en el santo sacrificio, sin dejar de recordar a menudo lo antedicho».

Como puede verse, León XIII aprehendió la tremenda presencia de Satanás en nuestros tiempos, no sólo en virtud de la inspiración ordinaria propia de su magisterio, sino también en virtud de una visión, que impresionó profundamente al Pontífice, hasta el punto de componer una oración al príncipe de la milicia celeste que tenía un cierto carácter liberatorio y exorcístico, y ordenar rezarla de rodillas a la finalización de la misa.

Habida cuenta de lo relatado, se podrían sacar muchas e importantes conclusiones, entre las que relacionaríamos las siguientes:

1º.- León XIII con su propio conocimiento y carisma magisterial, y bajo la inspiración del Espíritu Santo, conoció y enseñó el muy particular empeño diabólico en los tiempos de su pontificado apremiando a los obispos, clero y fieles a rezar oraciones específicas para protección de la Iglesia y de las almas.

2º.- León XIII, tuvo una visión particular de esta especial actividad diabólica, que fue recogida y explicada a sus colaboradores inmediatos y que tuvo tal carácter de viveza que le movió a redactar una

oración, dedicada a san Miguel, en la que aparecían imágenes de singular viveza, propias de la visión, como «...Satanás y los otros malignos espíritus que vagan por el mundo para la perdición de las almas».

La visión del Papa debió ser muy viva y se reflejó en la oración que compuso inmediatamente, ordenando su rezo, nada menos, que al concluir la misa.

3º.- Las circunstancias del momento, no eran las que vulgarmente y de una forma ligera y frívola se entendían como apocalípticas. En los años ochenta del siglo XIX estamos en plena «Belle Époque». El orgullo y optimismo humano, es quizás más elevado que nunca. Europa vive su gran momento aparente. No hay guerras importantes. Han pasado las terribles guerras napoleónicas de principios del siglo. Han pasado las revoluciones de 1830, 1848, y la «Comune» de París. La guerra francoprusiana es un recuerdo. Los países importantes de Europa están en plena expansión colonial. La primera guerra mundial (1914-18) está lejos. Nadie puede imaginar todavía los horrores de la primera mitad del siglo XX, con sus revoluciones, sus campos de concentración, sus «gulags» sus genocidios de todo tipo (empezando por el olvidado de los armenios de 1915) y las espantosas matanzas de las guerras mundiales.

El hombre es optimista con su futuro. No parece el momento adecuado para alarmismos.

4º.- Según el testimonio del cardenal Nasalli, la visión de León XIII comprendía los diablos que se concentraban sobre la ciudad de Roma ¿Significa esto las tentaciones gravísimas que iba a sufrir la Iglesia, de género desconocido hasta el momento? La herejía modernista estaba a las puertas: el sucesor de León XIII, san Pío X la condenará como la más peligrosa de todas las herejías. Por primera vez los herejes no abandonan la Iglesia y pretenden continuar en ella. A lo largo del siglo XX y sobre todo en su segunda mitad, los ataques desde el interior de la Iglesia iban a ser constantes, hasta el punto de que ochenta años después Pablo VI iba a hablar de «humo de Satanás penetrando en el interior de la Iglesia» ¿Fue la visión de León XIII, un adelanto de ochenta años a la grave declaración de Pablo VI?

La oración compuesta por León XIII dirigida al arcángel san Miguel, es vibrante, militante y tiene un cierto carácter de exorcismo, pues por medio de san Miguel, príncipe de la celestial milicia, se impetra que Dios lance al infierno a Satanás y los demás espíritus malignos. No es, desde luego, un exorcismo en el sentido estricto del término, tratado en el número 1673 del *Catecismo de la Iglesia católica* o sea la petición pública y con autoridad, de la Iglesia, para que una persona o un objeto sea protegido de las asechanzas del demonio y sustraído a su dominio. No es un rito exorcista propiamente dicho, pero sí una oración liberadora y de carácter exorcístico.

La oración se dirige a san Miguel, que juntamente con san Gabriel y san Rafael, son los tres arcángeles nombrados por su nombre en la Biblia. Su nombre significa «¿Quién como Dios?». Designa al abanderao de Dios en la lucha inicial contra la rebelión angélica, y permanentemente con posterioridad, contra los demonios que intentan seducir al hombre contra Dios. En el Antiguo Testamento es citado en Daniel 10, 13 y 21 y en Daniel 12,1 en el que es ensalzado como príncipe y defensor de los hijos de su pueblo (Israel) en tiempos de angustia. En el Nuevo Testamento es citado en la carta del apóstol san Judas que lo representa altercando con el Diablo, y en Apocalipsis 12,7 en el que se dice textualmente «Hubo una batalla en el cielo; Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón». Puede verse bíblicamente el carácter guerrero y antidiabólico que la Biblia ha concedido al arcángel san Miguel y que ha sido continuado en toda la tradición de la Iglesia, en su liturgia, particularmente recordatoria de san Miguel en los instantes

de lucha, como el decisivo de la hora de la muerte; la piedad del pueblo cristiano ha representado siempre a S. Miguel con espada y escudo, luchando contra espíritus malignos.

Para finalizar: las oraciones prescritas por León XIII para el final de la misa no son vigentes con arreglo a la reforma litúrgica posterior al Vaticano II. Sin embargo, la especial intervención diabólica que tanto impresionó a León XIII, no parece haber cedido un ápice. No puede disminuirse la impetración al Señor, tomando como intercesora a la Santísima Virgen, máxima enemiga de la serpiente, ya personificada en el Génesis, desde el momento siguiente al pecado original; por intercesor a san José, patrón de la Iglesia universal; y por intercesor también a san Miguel Arcángel, príncipe de la milicia celeste, para que, como decía la oración de León XIII, que debe ser recitada, cuanto más mejor, se envíe al infierno a Satanás y a los otros malignos espíritus que vagan por el mundo para la perdición de las almas..

El diablo sabe que cuenta con poco tiempo

Y se trabó una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles iniciaron el combate contra el Dragón. Y el Dragón peleó y con él sus ángeles, y no pudieron resistir, y no se halló para ellos lugar en el cielo. Y fue precipitando el Dragón grande, la Serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el que seduce todo el mundo; fue precipitado a la tierra, y sus ángeles fueron precipitados.

Y oí una gran voz en el cielo, que decía: «Ahora, se estableció la salud, y el poderío, y el reinado de nuestro Dios, y la potestad

de su Cristo; porque fue precipitado el acusador de nuestros hermanos, el que los precipitaba ante el acusador día y noche, y ellos le vencieron en virtud de la sangre del Cordero, y por la palabra del testimonio que dieron, y no amaron tanto su vida que temieran la muerte». Por esto estad alegres, cielos, y los que moráis en sus tiendas. ¡Ay de la tierra y el mar!, porque bajó a vosotros el diablo con



gran coraje, sabiendo que cuenta con poco tiempo.

Apocalipsis 12, 7-13

Recomendación de santo Tomás según la encíclica «*Fides et ratio*», de Juan Pablo II*

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

EN diversas ocasiones se ha referido Juan Pablo II al magisterio de santo Tomás de Aquino pero el más relevante es el que se contiene en diversos pasajes de su encíclica *Fides et ratio* de 1998 que tiene por objeto analizar las relaciones entre la fe y la razón. Es indiscutido, que santo Tomás es universalmente considerado como el más preclaro exponente de la relación armoniosa entre la razón humana —que tiene en última instancia a Dios por autor— y la fe que deriva directamente de Dios a modo de revelación. Nos limitaremos aquí a exponer el juicio y la recomendación que el Sumo Pontífice hace en este documento acerca del valor de las enseñanzas de santo Tomás, prescindiendo de todo el desarrollo e intención general de la encíclica.

A lo largo de la encíclica se hace explícita mención de las enseñanzas del Aquinate en tres momentos de la misma. En primer lugar, al exponer las etapas históricas más significativas en el encuentro entre la fe y la razón desde que la religión cristiana entró en contacto con el mundo filosófico pagano, lo que titula significativamente «novedad perenne del pensamiento de santo Tomás de Aquino». En segundo lugar, al exponer el interés mostrado por la Iglesia en la enseñanza de la filosofía, particularmente

a partir de la gran encíclica de León XIII *Aeterni Patris* sobre la restauración de la filosofía cristiana, que constituye todavía hoy el mensaje pontificio más relevante sobre santo Tomás. En tercer lugar, al referirse a la interacción entre teología y filosofía, donde se hace el mejor elogio de santo Tomás llamándole atrevidamente «modelo insuperable».

En lo que se refiere a la primera explicación de la aportación de santo Tomás destaca dos grandes ideas directrices. El primer lugar, el santo es valorado por exponer y justificar la armonía entre la razón y la fe a nivel no alcanzado por los anteriores filósofos cristianos. En segundo lugar se destaca que en santo Tomás la ciencia humana es convertida por acción del Espíritu Santo en «sabiduría». Es ésta una dimensión especialmente cara a la mente del pontífice.

La armonía entre fe y razón es condición de todo pensamiento correcto y eje de la encíclica pontificia. Santo Tomás nos enseña que la fe supone la razón como la gracia supone la naturaleza y de ahí que no pueda ser rechazada la genuina filosofía en la elaboración de la teología. Pero añade santo Tomás que la fe supera a la razón como la gracia a la naturaleza, e incluso —y esto se olvida con facilidad— la gracia perfecciona a la misma naturaleza de modo que no sólo la fe nos ilustra acerca de verdades que están cerradas a la mera razón sino que la fe de tal manera perfecciona a la naturaleza que la hace más apta para entender las mismas verdades de razón. De ahí que la filosofía cristiana no sólo sea legítima sino que sea la mejor filosofía. En este punto el Pontífice hace suya una extensa cita de su predecesor Pablo VI.



* Publicado en CRISTIANDAD, núm. 871, febrero de 2004. En la propia encíclica *Fides et ratio* se citan varias alocuciones de Juan Pablo II sobre santo Tomás, especialmente el discurso a los participantes en el VIII Congreso Tomista Internacional (13 de septiembre de 1980) y a los participantes en el congreso de la SITA (4 de enero de 1986).

Pero Juan Pablo II se detiene en mostrar, además, con varias citas de santo Tomás, que cuando la razón está ilustrada por la fe no sólo trabaja con sus propias fuerzas, lo que llamamos el «estudio» de las verdades racionales, sino que recibe una inspiración especial de modo que juzga de las cosas de manera conforme con la verdad divina, lo cual no se puede hacer sin el don de sabiduría propio del Espíritu Santo. Y concluye con el elogio de León XIII: santo Tomás alcanzó «cotas que la inteligencia humana jamás podría haber pensado». Desde un punto de vista de mero historiador de la filosofía este elogio podría parecer desmesurado, pero si se analiza desde la perspectiva de la total subsunción de la filosofía en la superior luz de la fe el juicio de Juan Pablo II, como el de sus predecesores, halla su plena justificación. Santo Tomás recibió el don mismo que

La circularidad entre razón y fe es posible y no es círculo vicioso cuando se reconoce la fuente unitaria de ambas y la superior dignidad y veracidad de la Revelación. Tal es la aportación insuperable de santo Tomás

explica como procedente de la luz sobrenatural que consiste en la recepción del don del Espíritu Santo.

Al desarrollar el interés que la Iglesia ha manifestado por la filosofía se detiene en la gran encíclica leonina *Aeterni Patris* y en las enseñanzas explícitas que había elaborado el Concilio Vaticano I. Aquellas enseñanzas —dice el Papa— «no han perdido nada de su interés tanto desde el punto de vista práctico como pedagógico; sobre todo, lo relativo al valor incomparable de la filosofía de santo Tomás». Si antes había dicho que la doctrina de santo Tomás es insuperable ahora nos dice que es «incomparable». Elogio, sin duda extraordinario, que sitúa al santo patrón de los estudiantes católicos fuera de toda comparación posible con otros posibles maestros. Es esta una cuestión capital porque la filosofía cristiana ha sido realizada por una pléyade grande de autores muy dignos de tal nombre, pero la Iglesia ha juzgado inspirada y fundadamente que por encima de todos ellos destaca en solitario santo Tomás. Juan Pablo II juzga de la fecundidad de este magisterio en nuestra época actual. Gracias a esta antigua recomendación leonina —dice— fueron muchos los teólogos que la Iglesia ha tenido en el siglo xx. Es en este contexto donde el Papa advierte de la conveniencia de unos conocimientos acerca del hom-

bre, del mundo y de Dios «basados en el patrimonio filosófico válido para siempre», tal como lo recuerda literalmente el decreto *Optatam totius* del Concilio Vaticano II. En efecto, acerca de estos temas fundamentales existe un patrimonio poseído por la Iglesia que, aunque pueda y deba estar en diálogo con otras filosofías, constituye para el creyente el firme fundamento de lo que constituye la «doctrina» católica. Un ejemplo práctico de esta enseñanza de santo Tomás puede comprobarse en el sinnúmero de citas explícitas— y sobre todo implícitas— que contiene el *Catecismo de la Iglesia católica* que el Papa ha dado a la Iglesia como don más fructífero de las enseñanzas del último concilio ecuménico. Este patrimonio perennemente válido es el que garantiza, en palabras del Papa, «la perenne validez del lenguaje conceptual usado en las definiciones conciliares».

Finalmente, el Pontífice trae en un tercer momento a consideración el valor de santo Tomás ante la tarea actual de realizar una verdadera teología al servicio de la fe y que tome por fundamento racional una sana filosofía. Considerando la necesaria relación y la indispensable sujeción de la razón a la fe, dice, «se comprende bien por qué el Magisterio ha elogiado repetidamente los méritos del pensamiento

de santo Tomás y lo ha puesto como guía y modelo de los estudios teológicos». Y sigue, refiriéndose al talante de santo Tomás como teólogo de síntesis y de ordenación de verdades así de la razón como de la revelación: «En efecto, en su reflexión la exigencia de la razón y la fuerza de la fe han encontrado la síntesis más alta que el pensamiento haya alcanzado jamás, ya que supo defender la radical novedad aportada por la Revelación sin menospreciar nunca el camino propio de la razón». Santo Tomás, por tanto, ha de ser valorado siempre por todos a la luz de estas enseñanzas pontificias reiteradas con mayor fuerza si cabe por el papa actual en esta memorable encíclica. En efecto, cuando Juan Pablo II nos dice que santo Tomás ha realizado la «síntesis más alta que el pensamiento haya alcanzado jamás», nos hace un juicio absoluto acerca del valor de esta síntesis que contiene la totalidad de lo que la razón puede alcanzar. La fe ha comunicado a la razón una «fuerza» que la mera razón no podía tener. De modo que, por ser la mejor teología, es también la más alta expresión de la mejor filosofía. La circularidad entre razón y fe es posible y no es círculo vicioso cuando se reconoce la fuente unitaria de ambas y la superior dignidad y veracidad de la Revelación. Tal es la aportación insuperable de santo Tomás.

La perversión del lenguaje

FRANCESC M^a MANRESA I LAMARCA

EN una intervención en el Sínodo de los jóvenes, monseñor Chaput ha advertido sobre el uso del lenguaje «LGTBI»—el lenguaje de la ideología de género— en los documentos de la Iglesia porque sugiere realidades que no existen y desvirtúa tanto la identidad de las personas como la enseñanza de la Iglesia.

La advertencia es seria y no solamente válida para los documentos de la Iglesia, sino para nuestra propia vida, porque ya no sólo se trata de quienes son los jóvenes sino de predicar a Cristo, porque, añadía el obispo Chaput que «la respuesta [a quienes somos] no se encontrará en las ideologías ni en las ciencias sociales, sino sólo en la persona de Jesucristo, redentor del hombre». Como también hallaremos en Cristo la fuerza para superar las trampas y adversidades de esta ideología funesta según sus propias palabras: «En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33)

A menudo nos hace falta que nos recuerden aquello que ya sabemos, que manifestemos en voz alta aquello de lo que estamos convencidos, que oigamos de nuestra propia voz aquello que creemos... porque convencidos lo manifestemos y manifestándolo nos reafirmemos en aquello que es nuestro convencimiento.

La verdadera y primigenia revolución en este mundo es el pecado. No hay revolución mayor que ésta y no hay revolución sin ella. El pecado es una afrenta a Dios por el desorden de las acciones que obra; es un revolcón al orden creado, una sacudida a la misma creación, dentro y fuera de nosotros mismos.

Deberíamos decir: Dios mío, perdónanos porque somos revolucionarios... pero en este mundo ¿quién se uniría a nuestra oración? Se dice de tantas cosas buenas que son revolucionarias que se ha pervertido el mismo concepto: «lo revolucionario es amar», «san Francisco era un revolucionario», etc. ¡Ay, el lenguaje! Si san Jaime decía que por la palabra nos ha sido dada la vida (Jm 1, 18), ahora podríamos decir que por la «palabra» estamos siendo apartados de ella. No en vano la normalización de tanta anor-

malidad se ha hecho y se está haciendo por el lenguaje: libertad, tolerancia, democracia, diversidad, género, identidad... He ahí un vastísimo vocabulario en este mundo inundado de medios, atrapado en redes de palabras y más palabras, cuyo nuevo significado nos ha sido impuesto para inocular esa mentira rebelde intencionada e insidiosamente: ya nada significa lo que es... y por su significado somos señalados.

Tal es la insidia que decía el padre Orlandis que cuando leyesen en el futuro sus artículos, hallarían en ellos contagios naturalistas que a él le pasaron inadvertidos; si fuéramos tan humildes como el padre Orlandis podríamos decir lo mismo de los nuestros y de los males de nuestros días.

Este lenguaje es una manifestación más de esa perversión de la realidad en la que vivimos, de esa rebeldía contra la maravillosa y pertinaz dictadura de lo creado, de lo dado, de lo entregado por un Dios que nos ama hasta enviar a su hijo nada menos que a la muerte, y una muerte de cruz, por nosotros.

Escribió Petit que más que en hacer real lo posible, la política debería hacer posible lo real. Y lo real es el matrimonio entre un hombre y una mujer para toda la vida, lo real es el hijo en el seno de una madre, la donación sin reservas de los esposos, la familia como el lugar único, fundamental y trascendental para la sociedad, el matrimonio como manifestación del amor de Dios... Legislar contra ello es hacer real lo posible, esto es, persistir en negar la realidad, y no hay más que ver esa voluntad humana desatada y arrastrada diabólicamente hacia el abismo más negro de todo lo «posible»: cualquier combinación, perversión o transgresión contra la misma naturaleza es aplaudida, ensalzada y legislada. Hay una obstinación demoníaca en todo ello que se alza contra el mismo Dios en la más maravillosa de sus obras, que somos nosotros mismos. Se libra hoy un combate a muerte, en los cielos... y en las almas de cada uno de nosotros; una guerra pavorosa que nos haría morir de miedo... si no fuera por aquellas palabras de Cristo: «confiad, yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33).



Próxima beatificación de 16 mártires en la Sagrada Familia (Barcelona)

EL 18 de diciembre, el papa Francisco aprobó el decreto de beatificación de dieciséis mártires de tres congregaciones: nueve religiosos de la congregación de San Pedro ad Víncula, tres religiosas de la congregación de Hermanas Capuchinas de la Madre del Divino Pastor, una religiosa de la congregación de Hermanas Franciscanas de los Sagrados Corazones y tres seculares protectores de los religiosos de San Pedro ad Víncula. Todos vivían en comunidades en Cataluña.

Los dieciséis mártires fueron víctimas, en los años 1936 y 1937, de la persecución religiosa por parte de anarquistas, comunistas y otras fuerzas de izquierda radical y anticlerical. El grupo incluye sacerdotes, personas consagradas y seculares; jóvenes y mayores; hermanos estudiantes y superiores; obreros, padres de familia y educadores: todos ellos servidores, por el Evangelio y el amor a Dios, hasta el momento de su entrega martirial.

El proceso de beatificación se intensificó en el año 2000. Por orientaciones diocesanas y vaticanas, se unieron las tres congregaciones indicadas y los laicos, formando un nuevo grupo de mártires. Las tres congregaciones comunican el gozo de contar con hermanos y hermanas señalados por la fidelidad, el amor y la entrega. Ellos son testimonio de fe, de caridad y de perdón, son modelo y referencia para todos nosotros. Niños, jóvenes y mayores encontramos en ellos intercesores y guías en nuestro camino. Los nuevos beatos transmiten un mensaje actual y de amplitud eclesial. En el año del Sínodo de los Jóvenes, presentan una experiencia eclesial de fe, de entrega y de discernimiento vocacional. Para identificar la causa se ha creado un logotipo que relaciona estas tres comunidades religiosas con el camino en común que los traerá hasta la Sagrada Familia. Primero tenemos la cruz, símbolo del amor

hasta derramar la sangre por Cristo, lo rodea el anillo, un símbolo esponsal que representa el amor a Dios. La llama que significa el fuego del Espíritu y finalmente la palma, signo de comunión con los dieciséis granos rojos representando los dieciséis mártires.

La beatificación está prevista para el 10 de noviembre en la Sagrada Familia. El día anterior se celebrará una vigilia de oración en Santa María del Mar y la misa de acción de gracias será el día 11 de noviembre en la catedral de Barcelona. Para obtener más información sobre la causa y los actos en torno a la beatificación; <https://www.16martires.com>



Madre Carlota de la Visitación

El nombre de Madre Carlota encabeza la causa junto con el de los siervos de Dios Teodoro, Andrea y Gregorio.

Carlota nació en Nava del Rey (Valladolid) el 22 de mayo de 1872. A los seis años quedó huérfana de padre, siendo la mayor de seis hermanos. La beata Carmen del Niño Jesús, fundadora de las Franciscanas de los Sagrados Corazones, abrió por aquel entonces casa en aquella localidad. Carlota quedó prendada del carisma y espíritu de aquellas religiosas y con 15

años solicitó el ingreso en el noviciado de Antequera (Málaga). En 1893 profesó los votos perpetuos. Fue secretaria personal de la madre fundadora, secretaria y consejera general y directora de varios colegios. Al inicio de la guerra estaba en el colegio de Vilanova de Bellpuig (Lérida) de donde la comunidad fue expulsada. La madre Carlota se refugió en una casa de Barcelona pero fue denunciada por el portero. Los anarquistas la arrestaron y la martirizaron el 14 de noviembre de 1936. Tenía 64 años.



El monumento al Sagrado Corazón de Jesús en Sevilla

MIGUEL JIMÉNEZ DE CISNEROS



Sagrado Corazón del Cerro de San Juan de Aznalfarache (Sevilla)

DESDE lo alto del Cerro de San Juan de Aznalfarache el Sagrado Corazón de Jesús bendice a la ciudad de Sevilla. Una hermosa imagen de mármol que mide 8,5 m de altura y preside un formidable complejo religioso puede ser contemplada desde distintos lugares de la ciudad y alrededores.

Para conocer el origen del monumento tenemos que remontarnos en el tiempo a 1942. Fue ese un año de singular devoción al divino Corazón en la diócesis hispalense: ya el primero de enero tuvo lugar la consagración de la Diputación y las Casas Consistoriales al Corazón de Jesús, con entronización de imágenes en ambos lugares, y a lo largo de los meses se sucedieron las consagraciones de diversa índole (familias, empresas, instituciones...), los sermones y demás actividades para acercar al pueblo tan importante devoción. El 14 de marzo de ese año aparecía un decreto de la Jefatura de Estado «sobre cesión de terrenos al Arzobispado de Sevilla para construir un monumento diocesano dedicado al Sagrado Corazón de Jesús». Dichos terrenos, pertenecientes al Ejército del Aire en aquel momento, forman parte de los que ocupa hoy el monumen-

to. Estas gestiones, siendo un paso importante en ellas la cesión de terrenos, deben entenderse en el contexto de un retomado anhelo: Sevilla no tenía monumento al Corazón de Jesús, y ya desde años anteriores el deseo de alzar uno se había expresado por diferentes personas en distintos momentos. Por ello, el arzobispo de Sevilla, cardenal Segura, impulsó definitivamente la idea para hacerla realidad.

Tras trece meses de trabajos la imagen fue concluida. La autoría corresponde al escultor sevillano José Lafita, quien empleó más de cincuenta toneladas de mármol en tallarla. Fue colocada sobre un pedestal de ladrillo con una altura de más de cuarenta metros (imagen y pedestal miden 53 metros). En la mitad del pedestal podemos ver una hornacina y en ella una escultura marmórea de la Inmaculada Concepción. A los pies un altar, flanqueado por otros dos en sendos laterales. El monumento se encuentra en una amplia explanada desde la cual se divisa la Giralda y una panorámica completa de la ciudad. Bajo el pedestal hay una cripta, en la cual está enterrado, entre otros, el gran promotor del complejo, Pedro Segura, que fue prelado de la archidiócesis durante veinte años: desde 1937 hasta 1957.

Desde que se comenzó a construir el monumento hubo varios momentos de especial relevancia: destacamos el que siguió a la conclusión de la imagen. Para ello son ilustrativas las palabras de Ramón Resa: «En las primeras horas de la madrugada el monumento, iluminado por potentes reflectores, semejava una lengua de fuego, destacando la colosal imagen que diría era una aparición celestial en el día señalado de la festividad litúrgica del Sagrado Corazón. Tras la bendición de la imagen tuvo lugar la misa y en altares laterales del monumento se repartieron unas dos mil comuniones. Al final, el señor cardenal dió la bendición papal y en seguida en la capilla votiva del monumento quedó

El pueblo fiel levantó estos monumentos para afirmar sin dudarlos: «queremos que reines en nuestros corazones, en nuestros hogares, en nuestra patria».

expuesto el Santísimo y ante Él consumieron sus turnos de adoración las 24 parroquias de la capital para terminar con un emocionante acto eucarístico al atardecer.»¹ Aquella primera bendición de la imagen tuvo lugar el 2 de julio de 1943, festividad del Sagrado Corazón y concentró a gran cantidad de devotos de la ciudad y alrededores. Otra fecha importante es el 10 de octubre de 1948, cuando se bendijo e inauguró todo el complejo monumental.

Y decimos complejo monumental porque la imagen no se encuentra aislada. A su alrededor le rinden culto, haciendo del monumento un caso bello

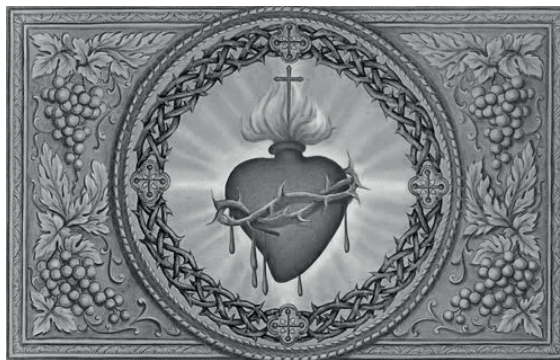
y singular, sin duda, distintas obras apostólicas: una obra educativa, el colegio Santa Teresa de Jesús, encomendado a las teresianas, fundadas por san Enrique de Ossó; una casa de Cursillos de Cristiandad; una casa de Ejercicios, Betania; el Seminario Menor diocesano; una parroquia: los Sagrados Corazones; y como colofón, Regina Mundi, residencia de enfermos y pobres desamparados, regentada por la Institución Benéfica del Sagrado Corazón –con un carisma en numerosos aspectos similar al conocido Cottolengo–. Además, un monumental viacrucis y un majestuoso rosario con los diferentes misterios animan a los peregrinos y visitantes al recogimiento y la plegaria. Formación de jóvenes y de los futuros pastores del Sagrado Corazón, oración, meditación y atención a los más necesitados. Todo ello, ofrecido por amor a Jesucristo, Rey del universo, sube como incienso hasta su trono.

Se suma así la ciudad del Guadalquivir a las capitales españolas que han levantado atalayas al Sagrado Corazón, como San Sebastián, Barcelona, Murcia, Córdoba o Palencia. Monumentos que nos recuerdan las palabras del mismo Cristo: «Yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo»². El pueblo fiel levantó estos monumentos para afirmar sin dudarlos: «queremos que reines en nuestros corazones, en nuestros hogares, en nuestra patria». Que en esta hora en que el Sagrado Corazón nos llama a honrarle con nuestra vida alcemos la vista y no olvidemos que Él es el Señor de la historia, y que nos repite, una vez más: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré»³.

1. RESA, R., «La Asamblea diocesana del Sagrado Corazón en Sevilla», *Reinado Social del Sagrado Corazón*, nº 212, 1943, p. 36.

2. Mt 28, 19.

3. Mt 11, 28.





Y herido seguir amando*

POR UNA CONSAGRADA DE LA FRATERNIDAD
SEGLAR EN EL CORAZÓN DE CRISTO

«España, pueblo de tu herencia y de tus predilecciones, se postra hoy reverente ante ese trono de tus bondades que para ti se alza en el centro de la Península... Reinad en los corazones de los hombres, en el seno de los hogares, en la inteligencia de los sabios, en las aulas de las ciencias y de las letras y en nuestras leyes e instituciones patrias».

Estas palabras fueron pronunciadas por el rey Alfonso XIII ante el Santísimo Sacramento en el Cerro de los Ángeles el 30 de mayo de 1919. Con motivo del centenario de aquella consagración de España al Corazón de Cristo, el próximo 2 de diciembre (y hasta el 24 de noviembre de 2019) comienza el año jubilar que nuestra madre la Iglesia ha querido conceder también como preparación para la renovación de esta consagración. Reinad en los corazones de los hombres. Así pedía un rey al Rey de reyes. Así asentía un pueblo arrodillado y adorante. Así lo desea Cristo cada día, cada hora, a cada instante: reinar en cada uno de nuestros corazones. Pero el corazón del hombre ¡qué abismo! Hay tantos corazones arrasados, heridos... ¿quién querría ser rey de un lugar así? Tan solo nuestro Dios de entrañas compasivas, que se hizo hombre y tiene un corazón de hombre capaz de comprender el nuestro. «Él sana los corazones destrozados y venda sus heridas» (salmo 146).

El lema de este año de gracia y bendición, en

*«Apostolado de la oración», Diócesis de Córdoba, 1, 2018.

que nos preparamos para la celebración del centenario de la consagración de España al Corazón de Jesús, nos lo regala el mismo Señor. Lo hace con su Palabra, a través del profeta Isaías, como una puerta por la que entra al misterio que es su amor: «sus heridas nos han curado» (Is 53, 5).



Recuerdo un niño de seis años durante una oración en que se narraba la pasión ante una cruz con un Cristo de tipo románico, con sus heridas de manos, pies, cabeza, costado, pero de rostro sereno. Estaba a la altura, más o menos de los pequeños sentados en sillas. Ese niño sintió gran compasión y se le saltaron las lágrimas. Les invitó a acercarse a Jesús en la cruz y poder decirle algo o tener un gesto como besar o abrazar la cruz, ya no lloraba. Se puso muy serio y dijo: «ojalá no te hubieran hecho esas heridas con lo bueno que eres... pero así te damos besos». En sus seis años acertó de pleno: así te damos besos. Recuerda el misterio tan grande que se canta en el pregón pascual en la vigilia: «¡oh feliz culpa, que mereció tan grande redentor!». Un gran sinsentido en el que se encuentra el sentido a todas las cosas. Algo así sucede cuando uno contempla a Cristo herido de ese modo y lo

que sale es desear curar las heridas, dar besos. Los corazones endurecidos se quebrantan al contemplar las heridas del Señor, y algo empieza a sanarse en nuestro interior.

Pero ¿cómo una herida puede curar otra herida? Parece imposible. El médico ¿no tendría que estar sano? No son las heridas en sí las que nos curan, sino el amor que hay tras cada una de las heridas de Cristo. El amor personal de Cristo por ti. Nos cura ver cómo Cristo sigue amando a quien le abofetea (¡tantas veces nosotros mismos!), a quien le escupe, a quien le corona de espinas, a quien le flagela, a quien le clava al madero, a quien le traspasa el corazón. Nos cura ver cómo ama cuando nosotros no podríamos amar. Lo que vemos en sus heridas, sí, es el amor desbordante, puro, eterno, que no se cansa de amar. Contemplar al Herido seguir amando, sana nuestra incredulidad, nuestra soberbia, nuestro egoísmo, nuestra desconfianza, nuestra tibieza. Hay un gran misterio en el hecho de que Dios haya querido ser herido. ¡Qué tesoro, qué valioso tendrá que ser para Él aquello que quiere conseguir con sus heridas! «No necesitan médico los que están fuertes sino los que están mal: Id, pues, a aprender qué significa aquello de: “Misericordia quiero, que no sacrificio”. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores» (Mt 9,12-13). Y por curarnos, el médico nos ha dado como medicina, como remedio, su propia salud, su propia vida hasta perderla. Cada una de sus heridas nos curan, pero no como un mero trueque, como si simplemente alguien tuviese que sufrir. Es el amor por ti, el amor de Dios, el que cura nuestra herida, pues nuestras heridas son heridas en el amor, pues las ha provocado, las ha infectado el desamor. Cristo sabe que el único remedio para nuestra herida es su amor puro y sin medida, sin torcimiento. Estas no son cualquier herida, son las heridas del Hijo de Dios, es el Amor de Dios trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo el que se nos da como remedio en Él. Cada una de sus heridas tiene que ver con las nuestras. Su rostro escupido y abofeteado —el más hermoso— es desprecio a toda su persona. Cuántas veces nos hemos visto tratados así o hemos sido nosotros quienes hemos infligido este dolor en el hermano... al mismo Cristo. La herida que entonces abre el pecado en nosotros y en los demás, sólo puede ser sanada mirando a Jesús, he-

rido que sigue amándose. Las heridas de su cabeza atravesada por punzantes espinas, su entendimiento triturado por lo incomprendible de nuestro desprecio a su amor. También nosotros vivimos el dolor de lo que no comprendemos de Dios: ¿Por qué el dolor?, ¿por qué la muerte de mis seres queridos?, ¿por qué el sufrimiento de los inocentes? Es que no se entiende. ¡No se entiende! También llevamos una corona de espinas. Y le miramos, y nos curamos. Sus manos y pies clavados. Manos que curan y bendicen, pies que caminan con nosotros y que nos buscan. Tal vez nos ha herido cómo otros rechazan nuestra ayuda, nos hemos sentidos inútiles, sin valor. Hemos clavado, con nuestro afán de autosuficiencia, con nuestra soberbia que no necesita nada de nadie, nada de Dios, sus manos y pies a la cruz. Y Él, herido, nos sigue amando. Y es la contemplación de su corazón dócil, manso, así clavado, amándonos, lo que nos cura. Su corazón traspasado, traicionado, burlado, es el amor al que hemos dado esquinazo. El amor entregado que ha visto como se retiran las manos que habían de recibirlo dejándolo caer y hacerse pedazos. ¡Cuántas experiencias similares hemos vivido y hecho vivir que han herido nuestro corazón! Pero Él, herido, sigue amándonos. A nosotros nos parece imposible seguir amando, no cansarnos de amar al que no nos corresponde, al que nos desprecia o peor, nos ignora. Él sigue amando. Por eso, sus heridas nos curan.

Cristo es la medicina prevista por el Padre para curarnos. Sólo Él, Cristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, es quien puede curar la herida provocada por el pecado en nuestra vida.

La gran herida en el corazón es la distancia que con el pecado ponemos entre nosotros y Dios. El remedio a ésta es la gran herida de su Corazón. ¡Qué gran misterio! Pensar que Cristo es consolado cuando tú te dejas curar con sus heridas. Acoger el remedio de sus heridas para nuestra enfermedad, acoger la redención, su amor desmedido, es la mejor forma de reparar su Corazón, la mejor acción de gracias y alabanza.

«El oprobio me ha roto el corazón y desfallezco. Espero compasión, y no la hay, consoladores, y no encuentro ninguno» (salmo 69, 21). Acércate a Cristo herido, contempla su Corazón amante y abierto y recibe el remedio para tus heridas. Él te espera en la cruz con los brazos abiertos.





Los desheredados
FRANÇOIS-XAVIER BELLAMY
Encuentro, Madrid, 2018

PATRICIA MESSA

EL hombre sin cultura parece extranjero en su propia humanidad». Así sentencia el autor de este libro la situación actual. Nos encontramos ante una de las obras más acertadas sobre la cultura actual y por qué hemos llegado hasta donde hemos llegado: a ser unos desheredados en nuestra propia carne, en nuestra propia identidad.

François-Xavier Bellamy, profesor de filosofía y literatura en un colegio de París, nos expone de primera mano lo que ha visto durante años en sus clases: jóvenes desheredados, incapaces de acoger la cultura que les precede y adultos incapaces de transmitirla.

El autor hace una breve introducción analizando lo que se puede observar en los periódicos, en la calle, en las familias... la cultura se muere, la sociedad se denigra. Si no hacemos nada al respecto perderemos nuestra identidad, nuestra unicidad y singularidad.

Bellamy, como muchos otros, se pregunta por las raíces de esta ruptura de la transmisión de la cultura, ¿cómo puede ser? El autor elige a tres autores prolíficos, que todos hemos estudiado en algún momento de nuestra vida, y nos muestra de su pensamiento lo referente a la cultura: Descartes, Rousseau y Bourdieu. Todos ellos marcan un antes y un después. Los tres son pensamientos que han ido calando poco a poco y se han integrado en nuestra cosmovisión casi sin darnos cuenta.

Descartes considera la transmisión de la cultura un fallo de la razón porque si queremos verdaderamente construir sobre seguro, tenemos que dudar de todo lo anterior, tenemos que rechazar la tradición, rechazar la cultura, distanciarnos de la educación, empezar con una *tabula rasa* y con el individualismo, nada de guías, uno se construye a sí mismo.

Para Rousseau la transmisión de la cultura es una contaminación de la naturaleza. El francés apuesta por no guiar a su Emilio sino que él mismo descubra lo que es y lo que quiere ser, y la cultura no es más que un entorpecimiento en el camino, un obstáculo que hay que evitar. «Todo progreso en la cultura nos aleja de la naturaleza». El hombre tiene que permanecer en su estado natural. La educación, por tanto, es negativa, el niño no debe hacer nada en contra de su voluntad, debe permanecer ignorante si así lo prefiere; la educación esclaviza.

Finalmente, Bourdieu, pensador marxista, arguye que la transmisión de la cultura no es sino otra forma de dominación, y la transmisión, una de las maneras de mantener la desigualdad entre clases. Bourdieu habla de capital cultural. La educación está al servicio de esta selección y división entre los que saben y los que no saben, «la cultura de la escuela es una cultura de elite», es una de las formas más evidentes de desigualdad, es puro arbitrio, una excusa para legitimar la jerarquía de la sociedad. Y según él, «La cultura es el arma del crimen».

Después de este análisis, ¿cómo seguir transmitiendo la cultura? ¿Por qué? Bellamy defiende que «Hay que tomarse en serio la necesidad de la cultura como mediación esencial para el cumplimiento de nuestra naturaleza». Sin cultura nos volvemos bárbaros, incapaces de ser hombres en plenitud. La forma más esencial de atacar la humanidad es atacando la cultura.

En definitiva, prestemos atención porque «La urgencia está en que logremos reconciliarnos con el sentido mismo de la educación para hacer vivir en cada uno la cultura, por medio de la cual el hombre se hace hombre, la libertad se hace efectiva y el futuro común, posible.»



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Gente de la luna

Han corrido, corren y correrán ríos de tinta sobre la crisis que vive la Iglesia. Y de todo hay en este torrente de noticias, comentarios y reflexiones. Pero nos ha llamado la atención lo que escribe Pasquin en su columna en L'Homme Nouveau de septiembre. puede ayudarnos y arrojar luz, aunque sea lunar:

«¿Por qué estoy todavía en la Iglesia?, se preguntaba en 1970 el profesor de la cátedra de Historia del dogma de la universidad de Ratisbona, un cierto Joseph Ratzinger. Él no sabía obviamente, en ese momento, que sería cardenal, luego papa e incluso papa emérito. Él tampoco sabía que la Iglesia en este mundo se iba a enlodazar más, cayendo en toda bajeza humana, ni que los ataques internos y externos se intensificarían [...]

¡La respuesta del profesor Ratzinger fue lunar!

Sí, la luna como misterio de la Iglesia o a la inversa.

El astro en cuestión ilumina la noche no con su propia luz, sino por la refracción del sol y es por eso que la luna es símbolo de la Iglesia. Desde los años sesenta, algunos astronautas la han podido ver de cerca y sólo descubrieron cráteres, grietas, sombras, frío, oscuridad, nada. Sin ningún interés y ya nadie va allí. Y sin embargo, cada noche brilla la luna con la luz de otro.

No hay que ser adivino para anunciar que estamos entrando en un período de turbulencias para la Iglesia. El peligro para todos nosotros es convertirnos en astronautas eclesiales o escuchar sola-

mente a los Neil Armstrong del Vaticano. Expertos en grietas, en la oscuridad, en fosas, en frío, en el vacío sideral, en bombardeos de meteoritos, a fin de cuentas expertos en superficie. Nuestra Iglesia en dificultad no necesita de cristianos que nieguen la realidad, ingenuos, en la luna, pero tampoco hay necesidad de cristianos que sólo vean la superficie lunar.

Ojalá todos aquellos que tienen el deber de escribir, hablar, bloguear sobre estos temas tan candentes se pregunten antes si miran a la luna-Iglesia desde el punto de vista de los Reyes Magos o del de Gagarin. Para los demás, constatamos que a pesar del polvo lunar, todas nuestras noches están iluminadas: Credo».

El consejo de Tolkien a su hijo en una crisis como la actual: comunión frecuente

Juanjo Romero ha llamado la atención sobre las «Cartas de JRR Tolkien» y, en concreto, sobre la dirigida a su hijo Michael a finales de 1963. Tiempos también agitados, como los actuales, y en los que Michael habla de fe debilitada debido al escándalo provocado por la actuación de varios clérigos.

La respuesta de Tolkien a su hijo es entrañable y firme a la vez. Y sobre todo propone una solución: la comunión frecuente. Escribe el autor de El Señor de los Anillos:

«Creo que soy tan sensible como tú (o cualquier otro cristiano) a los “escándalos”, tanto del clero como de los laicos. He su-

frido mucho en mi vida por causa de sacerdotes estúpidos, cansados, obnubilados y aun malvados; pero ahora sé lo bastante de mí como para ser consciente de que no debo abandonar la Iglesia (que para mí significaría abandonar la alianza con Nuestro Señor) por ninguno de esos motivos: debería abandonarla porque no creo o ya no creería aun cuando nunca hubiera conocido a nadie de las órdenes que no fuera sabio y santo a la vez. Negaría el Santísimo Sacramento, es decir: llamaría a Dios un fraude en su propia cara.

Si Él fuera un fraude y los Evangelios fraudulentos, es decir, episodios seleccionados con mala intención de un loco megalómano (que es la única alternativa), en ese caso, por supuesto, el espectáculo exhibido por la Iglesia (en el sentido del clero) en la historia y en la actualidad es una simple prueba de un fraude gigantesco. Pero si no, este espectáculo es, ¡ay!, sólo lo que era de esperar: empezó antes de la primera Pascua y no afecta a la fe en absoluto, excepto en cuanto podemos y debemos estar muy apenados. Pero deberíamos apenarnos por Nuestro Señor, identificándonos con los escandalizadores, no los santos, sin clamar que no podemos “tolerar” a Judas Iscariote, o aun al absurdo y cobarde Simón Pedro o a las tontas mujeres como la madre de Santiago, que trató de poner a sus hijos por delante.

[...]

La única cura para el debilitamiento de la fe es la comunión. Aunque siempre es Él mismo, perfecto y completo e inviolable, el Santísimo Sacramento no opera

del todo y de una vez en ninguno de nosotros. Como el acto de fe, debe ser continuo y acrecentarse por el ejercicio. La frecuencia tiene los más altos efectos. Siete veces a la semana resulta más nutritivo que siete veces con intervalos. También puedo recomendar esto como ejercicio (demasiado fácil es, ¡ay!, encontrar oportunidad para ello): toma la comunión en circunstancias que resulten adversas a tu gusto. Elige a un sacerdote gangoso o charlatán o a un fraile orgulloso y vulgar; y una iglesia llena de los burgueses habituales, niños de mal comportamiento —de los que claman ser producto de las escuelas católicas, que en el momento de abrirse el tabernáculo, se sientan y bostezan—, jovencitos sucios y con el cuello de la camisa abierto, mujeres de pantalones con los cabellos a la vez descuidados y descubiertos. Ve a tomar la comunión con ellos (y reza por ellos). Será lo mismo (o aún mejor) que una misa dicha hermosamente por un hombre visiblemente virtuoso, y compartida por unas pocas personas devotas y decorosas.»

El Ejército Rojo en Alemania

Vivimos tiempo de «memoria histórica» sesgada, en los que se blanquea a unos y se demoniza a otros según convenga. Eso sí, el número de hechos que no encajan con el discurso oficial no para de crecer. Como este dato que recogía en Italia recientemente el diario Il Giornale: «En las regiones orientales de Alemania, en 1945, fueron violadas al menos 1,4 millones de mujeres. Los soldados soviéticos no se detenían ante niñas y ancianas, y mucho menos

ante las prisioneras de guerra rusas que encontraron en los campos de concentración, culpables, a sus ojos, de haberse dejado capturar vivas por los nazis». Se trató de la «mayor violación sistemática de masas de la historia». Y sin embargo un silencio culpable se extiende sobre estos hechos.

La perversión completa del acto médico

Se reactiva, una vez más, el debate sobre la eutanasia. El jurista José Miguel Serrano aporta en un artículo en La Razón algunas claves del asunto:

«Se ha presentado como la última libertad. La de lograr que un médico, encargado por el sistema sanitario de todos los controles, acepte la voluntad expresa de alguien de que le maten o interprete una voluntad expresada anteriormente, siempre que se cumplan dos condiciones: enfermedad con sus adjetivos o discapacidad con los suyos.

La experiencia del derecho comparado prueba que una vez que se legalice la eutanasia progresivamente los adjetivos de la enfermedad serán menos graves en la observación de los médicos y las discapacidades menos profundas. También que, con el tiempo, tenderá a facilitarse la interpretación de la voluntad, de forma que las voluntades no explícitas pasarán a considerarse en los incompetentes, si las condiciones del beneficio se hacen patentes a los médicos, quienes progresivamente pueden ser seducidos por la muerte.

La legalización de la facultad médica de matar a un paciente tiene dos efectos fundamentales.

El primero es evidente. Los límites al rechazo del tratamiento por parte del paciente, la limitación de la dosis paliativa a sólo el fin paliativo se diluyen. No la *lex artis*, sino la propia legislación de derechos fundamentales refuerzan la tendencia al rechazo de medios indicados que, sin ser extraordinarios, retrasen en lo más mínimo la voluntad de morir.

El segundo es que en el acto médico se transforma el sentido del *non nocere*, del no dañar. Matar directamente, intencionalmente, sustituir el acto suicida de quien tiene voluntad suicida de una forma eficaz, humanitarista, aséptica no será ya un daño sino el cumplimiento de «la última libertad». Los límites objetivos a los poderes médicos se diluyen. La perversión que se introduce en el sistema sanitario es completa. El médico se vuelve el encargado de administrar la muerte intencional, él debe tramitarla y procurarla, buscar los elementos que permitan el acto homicida compasivo y cumplimentar el requisito burocrático de que un colega ratifique el diagnóstico, que será, ya lo hemos visto, progresivamente más amplio.

Por supuesto se tolerará de momento al médico excéntrico que, sin estar seducido por la muerte, entienda que el viejo límite hipocrático, que definía el sentido de la profesión médica, sigue teniendo vigencia. Pero veremos, también lo hemos visto en supuestos como el aborto, como estos médicos que se niegan a ver el beneficio que la ley impone serán progresivamente incomprendidos y marginados, pues la voluntad del legislador es realizar ese derecho, el derecho a que el sistema sanitario te mate.»



Iglesia perseguida

Familia Abboud, desplazada en Siria: «Estamos seguros de que volveremos a nuestra casa en Homs»

La Iglesia católica en Marmarita y la fundación pontificia Aid to the Church in Need trabajan para sostener a familias huidas de sus casas y ayudarlas a regresar

ACN, JOSUÉ VILLALÓN



GHASSAN Abboud y su mujer Maha Sanna vivían en Homs junto a sus dos hijos, Josef y Michael. Hace justo 5 años y 7 meses les cambió la vida por completo, la fecha no se borra de sus recuerdos. «Estábamos en casa. Mi hijo Michael se encontraba tranquilamente en el salón. De repente, oímos el ruido de unos cristales rotos. Cuando fuimos a ver qué había pasado, nos encontramos a Michael tendido en el suelo, una bala perdida que había entrado por la ventana le atravesó la cabeza. Murió en el acto», narra Maha.

La guerra de Siria había irrumpido en la ciudad de Homs apenas unos meses antes, los primeros combates de guerrillas urbanas desembocaron en sangrientos bombardeos y ataques de francotiradores en toda la ciudad. Las protestas callejeras pidiendo el fin del régimen de Bashar Al Assad habían sido duramente contestadas con fuerte represión policial. Todo desencadenó en una guerra civil, que provocó la división del ejército, la sociedad y la aparición de numerosos grupos armados de corte yihadista. Hasta el día de hoy, los datos

de muertes son de unos 500.000, una de estas víctimas mortales es el hijo pequeño de la familia Abboud.

«Michael era un chico excelente, trabajaba como realizador en la televisión y soñaba con ser director de cine algún día», comenta, con un punto de tristeza y otro de orgullo, su madre. Tras el asesinato de Michael y con el recrudecimiento de los combates en la ciudad, la familia decidió marcharse. «Intentamos irnos del país, pero nos denegaron el visado. No teníamos mucho dinero y dejamos de intentarlo. Así que nos vinimos aquí, al Valle de los Cristianos», reconoce Ghassan.

Los Abboud han vivido todos estos años en una pequeña casa de alquiler en el pueblo de Almishtaya, una pequeña localidad de las más de veinte que forman esta región, conocida por ser un lugar de descanso para los homsienses. Antes de la guerra, muchos venían aquí desde la ciudad buscando la tranquilidad de sus valles y montañas. Maha asegura que su situación económica no era suficiente como para pagar un alquiler en otra ciudad donde no hubiese combates, pero no podían seguir viviendo en Homs, rodeados de tanta violencia.

«Desde que llegamos, hemos sido apoyados por los sacerdotes y los jóvenes del Centro de San Pedro de Marmarita. Sin su ayuda para pagar esta casa, alimentos y unas medicinas que necesito para el corazón, no sé dónde estaríamos ahora».

Su marido y su otro hijo, Josef, perdieron el trabajo al abandonar Homs. En el Valle de los Cristianos han podido trabajar algunos meses, pero la situación económica del país y la saturación de desplazados hace que el trabajo escasee y los sueldos son muy bajos. «Yo soy trabajador autónomo (“*free worker*” en inglés) –comenta Ghassan–, ahora he dejado de trabajar. Tengo ya 60 años, pero no recibo ninguna pensión». Por otro lado, Josef afirma que él actualmente sí tiene trabajo, es electricista: «pero el trabajo es muy inestable. Me gustaría volver a Homs y ganarme la vida allí».

La familia Abboud es una de las más de 2.000 que la Iglesia local, a través de la fundación pontificia *Aid to the Church in Need* (ACN) reciben ayuda mensualmente para su subsistencia. Entre estas familias, muchas han manifestado recientemente su intención de regresar a sus casas lo antes posible, en cuanto puedan ser reconstruidas.

«Creo al 100% que podremos volver pronto. Hemos podido regresar a Homs y hemos visto que el estado de nuestra casa, aunque parcialmente destruida, no es tan grave. Es difícil aún vivir en Homs con mucha destrucción y muchos cortes de luz y agua, pero siempre es mejor vivir en tu propia casa que aquí como desplazados. Además, hacer frente a un alquiler es muy costoso también», reconoce Ghassan.

Con este mensaje de esperanza en el regreso, Ghassan, Maha y su hijo Josef se despiden de un pequeño grupo de ACN que ha viajado a Siria para conocer la situación de las familias desplazadas y

sus necesidades: «Lo que nos da esperanza es el apoyo que recibimos de Iliash, el joven responsable de coordinar la ayuda del Centro San Pedro. Los sacerdotes y la Iglesia católica nos están apoyando en todo. Su ayuda es la única que tenemos, es un testimonio de generosidad, y es aún más valiosa para nosotros que no somos católicos, sino cristianos ortodoxos», dice Maha, «mi fe es la que me da fuerzas para seguir adelante, pese a tanto dolor».

Esta familia también es un ejemplo de fortaleza frente a las dificultades y de fe inquebrantable en Dios. «Me decís que muchas personas en Europa y otros países se sienten fortalecidos en la fe al conocer nuestra historia –comenta Ghassan– Yo digo: «*Alhamdulillah*» (“Alabado sea Dios”, en árabe). Sólo nos queda añadir: “*Shukran ktir ktir*” (“Muchas muchas gracias”). Por el balcón de su casa asoman sus cabezas y agitan sus manos diciendo adiós con efusividad.

La fundación pontificia Ayuda a la Iglesia Necesitada está respondiendo a la llamada de la Iglesia de Siria para apoyar a las familias desplazadas que quieren regresar a sus ciudades, ya liberadas de la guerra, como Alepo y Homs. Por eso ya se ha llevado a cabo la reconstrucción de cien primeras casas en Homs con un resultado muy positivo. La familia Abboud espera convertirse en una de las próximas que puedan poner en marcha las obras de rehabilitación de su hogar y recuperar así poco a poco su vida normal. Está previsto que en los próximos meses se aprueben nuevos paquetes de proyectos de emergencia y reconstrucción y en lo que va de año, ACN ha donado un total de 7 millones de euros para los cristianos de Siria y las necesidades a las que responde con valentía la Iglesia local para todos los necesitados y desplazados.



Ayuda a la
Iglesia Necesitada

Donativos:

www.ayudaalaiglesianecesitada.org

Teléfonos: Madrid 91 725 92 12

Barcelona 93 237 37 63

ES21 2100 2415 4202 0014 0293

Cualquier aportación, por pequeña que sea, es muy necesaria.



*Pequeñas
lecciones
de historia*

Ana de Jesús y santa Teresita, hijas de san Juan de la Cruz

GERARDO MANRESA

AUNQUE el primer encuentro entre san Juan de Ávila y la novicia Ana de Jesús fue momentáneo en el recién creado Carmelo de Mancera en noviembre de 1570, la relación entre ambos, que marcó especialmente a la madre Ana de Jesús, fue en la época en que del santo llevó la dirección espiritual del Carmelo de Beas, en Jaén, y después en el Carmelo de Granada, entre los años 1578 a 1586, cuando el santo estaba con cargos en Andalucía y la madre era priora de los conventos mencionados.

Estando en el convento de Carmelitas Descalzas de El Calvario, próximo a Beas, el santo dirigió a las monjas de dicho monasterio y, como directorio para ellas les dedicó un grabado junto a un poema que les mostraba el mejor camino para llegar a Dios: *La subida al Monte Carmelo*. También en su estancia en Beas, la madre Ana de Jesús recibió, dedicado a ella, de san Juan de la Cruz, el bello cántico que el santo había compuesto en la cárcel de Toledo: *El Cántico espiritual*. Ana de Jesús fue una verdadera hija espiritual de san Juan de la Cruz. Esta relación tan espiritual entre el santo y la madre continuó durante años, cuando fundaron, en 1586, el Carmelo de Madrid.

Pero la nominación del padre Nicolás de Jesús Doria al provincialato de los Descalzos, en 1585, empezó a producir cambios en la Orden tras el capítulo de Madrid de 1588 con la institución en el Carmen de la llamada «Consulta», como gobierno permanente de los frailes y de las monjas, destinada a juzgar todos los problemas de las comunidades, y con poderes para nombrar priores y prioras, predicadores y confesores, disponiéndose así a controlar el destino y la permanencia de los religiosos en cada convento. Ana de Jesús fue consciente de los acontecimientos que se veían venir y de sus dolorosas repercusiones, junto con María de san José, otra hija espiritual dilecta de santa Teresa, encabezó una petición a Roma, al papa Sixto V, para la obtención de un breve, bien llamado *Breve Salvatoris*, que confirmase para las monjas las leyes, herencia de santa Teresa y que, desde el principio de la reforma, habían aprobado todos los capítulos y todos los superiores de la orden que había tenido la Descalcez. Al año siguiente, a la muerte del papa Sixto V, el papa Gregorio XIV, a solicitud del padre Doria, italiano, aprueba otro breve *Quoniam non ignoramus*, anulando el anterior.

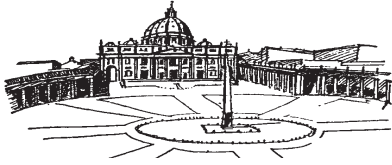
Estos cambios afectaron sensiblemente a algunos de los más importantes colaboradores de santa Teresa, como

san Juan de la Cruz, al que se le deja sin cargo alguno, o el padre Jerónimo Gracián, que, tras ser encerrado, es expulsado de la Orden, a la madre Ana de Jesús que es encarcelada en la celda-prisión del Carmelo de Madrid, solicitando ella su reclusión en Salamanca.

En 1604, al permitirse la acción de la Contrarreforma en Francia, Jean de Bretigny y el cardenal Berulle solicitan del general de los Carmelitas, para la implantación de la reforma teresiana en su país, algunas Carmelitas Descalzas. Se aprovecha esta solicitud para enviar a Francia a la madre Ana de Jesús, en un exilio solapado. La madre Ana de Jesús fundó los Carmelos de París (1604) y Dijon (1605). Tras un giro galicista que tomó el Carmelo en Francia, la hija de Felipe II, Isabel Clara Eugenia, gobernadora de Flandes, reclamó a la misma madre para la fundación del Carmelo real, en Bruselas (1607). La madre Ana de Jesús asumió su papel de sucesora de santa Teresa en el exilio hasta su muerte en Bruselas el año 1621.

Dice santa Teresita que a la edad de dieciséis y diecisiete años su alimento espiritual fueron las obras de san Juan de la Cruz y que de ello vivió toda su vida de Carmelita, pues veía en ellas la doctrina del amor. Eran unos años difíciles para ella, pues, además de la enfermedad de su padre, su adaptación a la vida del convento de Lisieux no fue fácil con los métodos de la M. María de Gonzaga, que le causaban muchos problemas de conciencia y se preguntaba si su camino Carmelitano era el correcto.

En octubre de 1891, en un retiro predicado por el padre Alex Prou, franciscano, Teresita le abre su alma y él le confirma en su camino de amor, lo cual tranquiliza mucho a la santa y la lanza a seguir en él. Esta confirmación se la repite, años más tarde, el 10 de mayo de 1896 la venerable madre Ana de Jesús, también hija predilecta de san Juan de la Cruz, cuando Teresa la vio en sueños y le preguntó: ... «Madre, te lo ruego, dime si Dios me dejará todavía mucho tiempo en la tierra... ¿Vendrá pronto a buscarme...?» Sonriendo con ternura, la santa murmuró: «Sí, pronto, pronto... Te lo prometo». «Madre, añadí, dime también si Dios no me pide tal vez algo [2vº] más que mis pobres acciones y mis deseos. ¿Está contento de mí?» El rostro de la santa asumió una expresión incomparablemente más tierna que la primera vez que me habló. Y me dijo: «Dios no te pide ninguna otra cosa. Está contento, ¡muy contento...!» (manuscrito B, 2vº)



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

El Rosario, por la Iglesia contra el demonio

EL pasado mes de septiembre nos hacíamos eco en esta sección de la cruzada «de oración y penitencia» a que nos invitaba el Papa para pedir que Dios proteja a su Iglesia de las asechanzas del demonio.

Este mes de octubre, de nuevo, el papa Francisco se ha dirigido a toda la Iglesia para que, uniéndose en comunión y penitencia, recemos diariamente el Santo Rosario por esta misma intención.

Según el comunicado hecho público por la Oficina de Prensa de la Santa Sede, «el Santo Padre se reunió con el padre Frédéric Fornos SI, director internacional de la Red Mundial de Oración del Papa (Apostolado de la Oración) y le pidió que extendiera su llamamiento a los fieles de todo el mundo, invitándolos a concluir la recitación del Rosario con la antigua invocación *Sub tuum praesidium*, y con la invocación a san Miguel Arcángel, quien nos protege y ayuda en la lucha contra el mal (cf. Ap 12, 7-12)».

Cuando el lector reciba el presente número de la revista CRISTIANDAD ya prácticamente habrá concluido el mes; sin embargo, la nueva petición del Papa nos debería llevar a reflexionar con seriedad, por un lado, sobre el tiempo en que vivimos y, por otro, sobre dónde tenemos que poner nuestra confianza para afrontar los peligros que nos acechan.

La referencia del papa Francisco al cap. 12 del Apocalipsis nos sitúa en aquella época en que el Dragón —la antigua Serpiente, llamada Diablo o Satanás, el seductor del mundo entero, el que día y noche acusaba a los hombres delante de Dios—, vencido por san Miguel gracias a la sangre del Cordero y al testimonio que dieron de Él los que despreciaron su vida hasta la muerte, expulsado del Cielo y arrojado sobre la tierra con todos sus ángeles, se lanza en persecución de la Mujer (figura tradicionalmente interpretada como imagen de la Virgen, pero también de la Iglesia). Los habitantes del Cielo se alegran pero ¡ay de los habitantes de la tierra!, advierte el vidente de Patmos, porque el Diablo ha descendido con todo su furor, sabiendo que le queda poco tiempo.

Tenemos, por tanto, a Satanás actuando entre nosotros «con gran furor», como pone de manifiesto muchas cosas que están ocurriendo en múltiples órdenes de nuestra sociedad, desde el ocio hasta la política.

Y para defendernos del demonio, el Papa nos recuerda el único remedio: implorar la ayuda divina (cf. Ap. 7, 14-18) mediante la oración y la penitencia. Y en concreto, en este mes del Rosario, el Santo Padre nos invita a acudir con confianza a la Virgen y a san Miguel mediante el rezo del «salterio mariano», acabando con la oración *Sub tuum praesidium* y la oración compuesta por León XIII al santo Arcángel. Ahí está nuestro refugio. Y es que estas dos oraciones tienen precisamente en común esta idea, la invocación de la Virgen y san Miguel como nuestro «praesidium», nuestro castillo o fortaleza militar desde el que resistir las asechanzas del mortal enemigo de la naturaleza humana.

Acuerdo provisional entre la Santa Sede y China

EN el marco de los contactos entre la Santa Sede y la República Popular China, que están en curso desde el pontificado de san Juan Pablo II para tratar cuestiones eclesiales de interés común y promover ulteriores relaciones de entendimiento, el pasado 22 de septiembre se celebró una reunión en Beijing entre monseñor Antoine Camilleri, subsecretario de la Santa Sede para las Relaciones con los Estados, y el señor Wang Chao, vicedirector de Asuntos Exteriores de la R. P. China, en la que ambos representantes firmaron un Acuerdo provisional sobre el nombramiento de los obispos.

Dicho Acuerdo, fruto de un acercamiento gradual y recíproco entre la Santa Sede y China, permitirá una colaboración más amplia a nivel bilateral y supone, más que un final, el inicio de un nuevo camino para la Iglesia en dicho país.

El contenido concreto del Acuerdo no se ha hecho público y, como tal, se ha insistido en su carácter provisional, sujeto a evaluaciones periódicas sobre su implementación. Sin embargo, el papa Francisco ha mostrado su esperanza de que fomente un proceso de diálogo institucional fructífero y con visión de futuro y contribuya positivamente a la vida de la Iglesia en China, para el bien común del pueblo chino y para la paz en el mundo, porque «la Santa Sede no tiene otro objetivo sino el de llevar a cabo los fines espirituales y pastorales que le son propios, es decir, sostener y promover el anuncio del Evangelio, así como el de alcanzar y mantener

la plena y visible unidad de la comunidad católica en China».

Con el fin de alcanzar este objetivo era fundamental afrontar la cuestión de los nombramientos episcopales que, debido a la injerencia del Estado, dio lugar al fenómeno de la clandestinidad como último recurso para mantener íntegra la propia fe.

Ahora, con el nuevo Acuerdo, parece que se va a reconocer la exclusiva autoridad del Sumo Pontífice en el nombramiento de los obispos (o en la confirmación de los legítimamente elegidos; cf. CIC 377.1), pudiendo intervenir únicamente el Gobierno chino en la presentación de los eventuales candidatos. Este hecho, de ser respetado, pondría fin a la actual Iglesia Patriótica China, autodenominada «católica» pero hasta ahora independiente de Roma.

Y como gesto de buena voluntad por parte de la Sede Apostólica –nuevo paso también en favor de la unidad eclesial–, después de haber examinado atentamente cada situación personal y escuchado distintos pareceres, reflexionado y rezado mucho, el Papa ha decidido conceder la reconciliación a los últimos siete obispos «oficiales» ordenados sin mandato pontificio que quedaban, readmitiéndolos a la plena comunión eclesial al mismo tiempo que les pide gestos concretos y visibles de su unidad con la Iglesia romana.

El Papa también ha querido mostrar su cercanía especialmente con todos los católicos chinos que han sido fieles a Roma durante los últimos tiempos en medio de grandes pruebas y padecimientos, consciente de las dudas y perplejidades que pueden surgir en ellos. «Como Sucesor de Pedro, ha afirmado el Santo Padre, deseo confirmaros en esta fe –en la fe de Abrahán, en la fe de la Virgen María, en la fe que habéis recibido–, para invitaros a que pongáis cada vez con mayor convicción vuestra confianza en el Señor de la historia. (...) Deseo compartir con vosotros los sentimientos de gratitud al Señor y de sincera admiración –que es la admi-

ración de toda la Iglesia católica– que están en mi corazón por el don de vuestra fidelidad, de la constancia en la prueba, de la arraigada confianza en la Providencia divina, también cuando ciertos acontecimientos se demostraron particularmente adversos y difíciles. Tales experiencias dolorosas pertenecen al tesoro espiritual de la Iglesia en China y de todo el Pueblo de Dios que peregrina en la tierra. Os aseguro que el Señor, precisamente a través del crisol de las pruebas, no deja nunca de colmarnos de sus consolaciones y de prepararnos para una alegría más grande. Con el salmo 126 tenemos la certeza de que “los que sembraban con lágrimas, cosechan entre cantares”».

No cabe duda de que tanto sufrimiento padecido por la Iglesia en China contribuirá al triunfo de Cristo en esa tierra. Porque el nuevo Acuerdo –suscrito por la Santa Sede con la esperanza de asegurar buenos pastores a la comunidad católica china– es sólo un instrumento, un medio que por sí solo no resolverá todos los problemas existentes. Por ello, el Santo Padre ha llamado a los fieles chinos a colaborar activamente en esta magna tarea de restablecer la unidad de la Iglesia en China, extendiendo el amor misericordioso de Dios a toda la sociedad con gestos de reconciliación y comunión.

Para acabar, en el mensaje enviado con motivo del Acuerdo mencionado, el papa Francisco se dirigía a toda la Iglesia universal con estas palabras: «Todos debemos reconocer como uno de los signos de nuestro tiempo lo que está sucediendo hoy en la vida de la Iglesia en China. Tenemos una tarea importante: acompañar con la oración fervorosa y la amistad fraterna a nuestros hermanos y hermanas en China. De hecho, ellos deben experimentar que no están solos en el camino que en este momento se abre ante ellos. Es necesario que sean acogidos y ayudados como parte viva de la Iglesia: «Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos(Sal 133,1)».

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Octubre

Por la evangelización: Los consagrados y las consagradas
Orar por ellos para que «despierten su fervor misionero y estén presentes entre los pobres, los marginados y con los que no tienen voz».

Noviembre

Universal: Al servicio de la paz
Para que el lenguaje del corazón y del diálogo prevalezca siempre sobre el lenguaje de las armas.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Giro islamista en Paquistán, donde Asia Bibi continúa en el corredor de la muerte

PAQUISTÁN, con una población de más de 200 millones de personas, es el quinto país más poblado del mundo. El país de los puros, nacido de los restos del Raj británico, ha sido noticia en los últimos años no sólo por ser potencia nuclear, sino por su complicidad con los talibanes del vecino Afganistán y por las crecientes discriminaciones contra los cristianos, que constituyen algo más del 2% de la población. La ley contra la blasfemia, que representa una carta en blanco para encarcelar arbitrariamente a los cristianos molestos, ha provocado, a través del caso de Asia Bibi, la madre de cinco hijos que espera la ejecución desde 2010, que el mundo entero tome conciencia de la situación real en el país.

Es por ello que se esperaba con interés el resultado de las elecciones del pasado mes de julio, en las que resultó ganador Imran Khan, una ex estrella del mundo del cricket cuya esposa fue íntima amiga de la princesa Diana de Inglaterra. Las expectativas favorables para la minoría cristiana se han evaporado pronto: Imran Khan se ha convertido en un musulmán «piadoso» bajo la guía de su tercera esposa, que se proclama como su «entrenador» espiritual. Khan, a su popularidad deportiva, añadió su nueva imagen de musulmán que renuncia a los lujos, que viste el traje tradicional, que jura por el Corán y anuncia la justicia para todos para conseguir la victoria electoral. Una imagen que incluso recibió los elogios de algunos obispos católicos que acaban de descubrir la realidad: Imran Khan, oficialmente Primer Ministro desde el 17 de agosto, ya se ha comprometido a preservar las leyes de blasfemia inventadas por el dictador Zia ul-Haq en 1986 y a construir «un estado del bienestar islámico como había imaginado Allama Muhammad Iqbal». La referencia no es trivial: normalmente los líderes de Paquistán hacen referencia al padre de la patria, Muhammad Ali Jinnah, que en su discurso fundacional del 11 de agosto de 1947 afirmaba querer un país donde hubiera plena libertad religiosa. Por el contrario, Allama Muhammad Iqbal, el presidente de la Liga Musulmana en la década de los treinta, abogaba por un país plenamente islámico en que se aplicara estrictamente la *sharía*. Por desgracia, no estamos sólo ante pala-

bras: en el nuevo gobierno de Imran Khan ya no hay ministros ni consejeros cristianos y el ministerio de las minorías religiosas, que fue dirigido por el mártir Shahbaz Bhatti, simplemente ha desaparecido.

Lo que se esconde tras la devaluación de la lira turca

NADIE discute el papel geopolítico de Turquía: gozne entre Europa, Rusia y Oriente, es un actor clave en tan compleja región. Aliada de los Estados Unidos durante la Guerra fría, el final del kemalismo y la llegada al poder de los islamistas del presidente Erdogan, ha ido alejando al país de la órbita occidental. Cada vez más distanciada de Estados Unidos y con una relación con Rusia que combina rivalidad y alianza, Turquía emerge como un país cada vez más islamizado y que aspira a liderar a los países de confesión sunita. De entrar en la Unión Europea, como hasta no hace tanto se discutía, ni se habla, si bien la importante presencia de población de origen turco en Europa, principalmente en Alemania y en los Balcanes, hace que su capacidad de presión no sea desdeñable.

Este verano Turquía ha sido noticia por la grave crisis financiera provocada por la fuerte caída de la cotización de la lira turca, su moneda, de resultados de los aranceles que el presidente Trump ha decretado contra una serie de productos que Estados Unidos importaba desde Turquía. Un golpe económico que es una represalia de Trump a la negativa turca a liberar al pastor evangélico estadounidense Andrew Brunson, encarcelado en aquel país. Brunson, que lleva veinte años viviendo en Turquía, fue encarcelado en octubre de 2016 durante la ola de detenciones realizada tras el fracasado intento de golpe de Estado de julio de ese año contra el presidente Erdogan. Inicialmente Brunson fue acusado de formar parte de un grupo terrorista armado, si bien en 2017 se le imputaron finalmente cargos por espionaje e intento de derrocar al gobierno. El presidente Trump manifestó, pocos días antes de la puesta en efecto de los nuevos aranceles, que si Brunson no quedaba en libertad Turquía sufriría «enormes sanciones».

Este caso es la punta del iceberg de una persecución a los cristianos cada vez mayor, lo que impulsa que la ya muy reducida comunidad cristiana turca vea

como muchos de sus miembros eligen emigrar. Un efecto que, lejos de ser indeseado, es visto con complacencia por quienes detentan el poder en su proyecto de islamización neo otomana.

Prosigue el proceso de «sinización» de la Iglesia Patriótica china

Nos hemos referido recientemente a la férrea política de control de las creencias por parte de la China comunista que, si bien ha dado pasos hacia una mayor libertad económica (debidamente tutelada, eso sí), no cede ni un milímetro en este campo, al menos en lo que sabemos y vemos (sobre el acuerdo secreto con el Vaticano sólo pueden hacerse especulaciones, al no haberse hecho público su contenido). En cualquier caso, acabamos de tener conocimiento de que todas las diócesis de la Iglesia reconocida por el Estado chino (cuyo nombre oficial es Asociación patriótica de católicos chinos, que agrupa a un clero juramentado como el que creó la Revolución francesa con la Constitución Civil del Clero, de triste recuerdo) debe presentar un plan quinquenal sobre cómo debe dar cumplimiento a las instrucciones de sinización (esto es, de adecuación a los criterios impuestos por el Partido Comunista Chino) en todos los ámbitos: arquitectura, decoración, liturgia, teología, relectura de la historia... en línea con las instrucciones emanadas del «gran presidente» Xi Jinping.

Una tarea que podría parecer difícil pero que resulta de lo más sencilla desde que todas las diócesis han recibido un documento de quince páginas que basta con copiar para obtener el plan quinquenal del agrado del gobierno chino. El documento empieza, por supuesto, por un acto de adhesión al partido comunista y al socialismo «según las características chinas». En total, la palabra «Jesucristo» aparece dos veces en el texto, «Partido Comunista» cinco veces y «Asociación patriótica» quince veces.

La población rusa vuelve a disminuir

Es evidente que la Rusia de Putin ha regresado con fuerza al tablero de la política internacional y que asistimos a un renacer del patriotismo ruso que hace extrañas amalgamas entre el pasado imperial zarista y las gestas soviéticas. Sin embargo, no parece que Putin esté consiguiendo solventar el gran problema de fondo al que se enfrenta Rusia: la crisis demográfica, herencia del comunismo y de unas terribles tasas de aborto.

Lo que nos indican los datos es que a lo largo de la última década la población de Rusia se ha estabilizado en torno a unos 144 millones, ayudada por la incorporación de más de dos millones de personas de la península de Crimea. Sin embargo, están apareciendo datos que parecen indicar que esta estabilización puede haber terminado para regresar a las caídas de población que caracterizaron el periodo 1990-2005. Según el *Moscow Times*, en la primera mitad de 2018 la población rusa disminuyó en casi 92.000 personas, de acuerdo a la agencia de estadísticas Rosstat. Una disminución pequeña pero que marca un cambio de tendencia. De hecho, la inmigración, que ha sido clave para estabilizar la población rusa a falta de un cambio sustancial en los índices de fecundidad, se ha frenado. Al mismo tiempo las tasas de mortalidad aumentaron en 54 de las 85 regiones de Rusia, mientras que la tasa de natalidad de 10,9 nacimientos por cada mil personas en el primer semestre de 2018 presenta un descenso continuado desde 2011. Por último, los 1,69 millones de bebés nacidos en 2017 marcan el número más bajo desde 2007.

Esta última cifra se explica en parte por las consecuencias del pasado: el hundimiento de la natalidad rusa a principios de la década de los noventa significa que el número de mujeres que ahora están entrando en los primeros años de la maternidad sea comparativamente más reducido y, a su vez, tengan menos hijos. Y es que la demografía no tiene prisa, pero nunca perdona.





LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

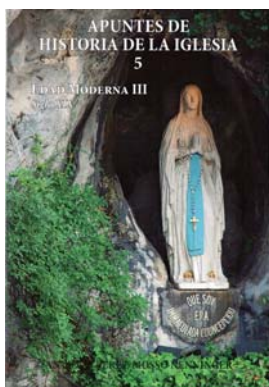
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patristica, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

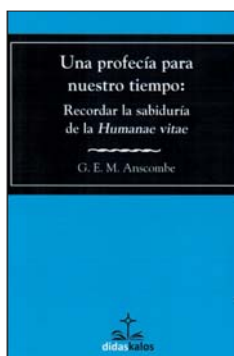
Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.

Este mes recomendamos:



Apuntes de Historia de la Iglesia 5. Historia Moderna III.
Autor: Pérez Mosso, Antonio
Editorial: Ediciones Cor Iesu
477 páginas
Precio: 20,00 €

El curso de la historia de la Iglesia en el XIX está marcado en gran manera por la Revolución francesa. Las ideas que la protagonizaron tienen su origen ya en la segunda mitad del XVII cuando filósofos de la época y de enorme influjo hasta el presente (Hobbes, Cherbury, Toland, Tyn-dal, Spinoza, Locke...) piensen y escriban cómo se ha de gobernar la sociedad sin contar con Dios. Aplicar de manera concreta aquellas filosofías a las legislaciones de los pueblos fue lo que vino después.



Una profecía para nuestro tiempo: Recordar la sabiduría de la Humanae vitae
Autor: Anscombe
Editorial: Didaskalios
190 páginas
Precio: 12,00 €

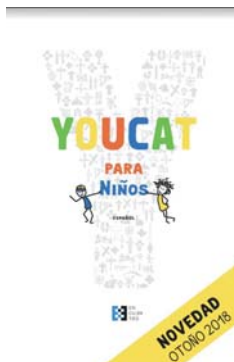
La presente obra tiene el convencimiento de que la encíclica *Humanae vitae* hoy es más actual y relevante que nunca. Para ello, presenta por primera vez en español algunos ensayos que comentan la encíclica escritos por la filósofa inglesa Gertrude Elizabeth Margaret Anscombe.

Aunque escritas pocos años después de la publicación de la *Humanae vitae*, las reflexiones de Anscombe sobre la encíclica no han perdido nada de su fuerza. El tiempo ha demostrado sus observaciones, y el avance de las últimas décadas les ha dado toda la razón.



El padre Arnaiz
Autor: González Chaves, Alberto
Editorial: San Pablo
14 páginas
Precio: 30,00 €

El 20 de octubre de 2018 será beatificado en Málaga Tiburcio Arnaiz Muñoz (Valladolid, 11 de agosto de 1865-Málaga, 18 de julio de 1926). Promotor de la cultura y educación en Málaga. Impulsor del Apostolado Seglar. Apóstol de Sagrado Corazón, ayer y hoy. Este jesuita, gran devoto y apóstol del Corazón de Jesús, fundó, junto a María Isabel González del Valle, las Misioneras de las Doctrinas Rurales, con objeto de ayudar a los pobres, poniendo un énfasis particular en las clases trabajadoras y en las personas que viven en esas zonas rurales en todo el país.



Youcat para niños
Autor: VV.AA.
Editorial: Encuentro
240 páginas
Precio: 15,00 €

El YOUCAT para niños, escrito en un lenguaje adaptado a chicos y chicas de entre 8 y 13 años, contiene el conjunto de la fe católica tal y como ha sido expuesta en el *Catecismo de la Iglesia católica*, sin que se pretenda abarcar la totalidad de sus contenidos. La obra está diseñada en un formato ágil de preguntas y respuestas sencillas, acompañadas de un gran número de ilustraciones e imágenes. En la parte inferior de cada página, sobre un fondo de color, se ofrece informaciones interesantes para los padres, con múltiples sugerencias para trabajar con los niños.

CONTRAPORTADA

«Vosotros sois hijos de mártires, ésta es vuestra fuerza»

Antes que nada, me gustaría manifestar una sensación que tengo. Mirándoos, veo muchos mártires detrás de vosotros. Mártires anónimos, en el sentido de que ni siquiera sabemos dónde fueron enterrados. También hay alguno entre vosotros: saludé a uno que sabía lo que era la cárcel. Me acuerdo de una palabra para comenzar: «no lo olvidéis, tened memoria. Vosotros sois hijos de mártires, esta es vuestra fuerza. Y que el espíritu del mundo no venga a deciros algo diferente de lo que vivieron vuestros antepasados». Recordad a vuestros mártires y tomad ejemplo de ellos: no tenían miedo. Hablando con los obispos, vuestros obispos, decían hoy: «¿Cómo podemos hacer para presentar la causa de beatificación de tantos, de los que no tenemos documentos, pero sabemos que son mártires?». Es un consuelo; es hermoso escuchar esto: la preocupación por aquellos que nos



La Colina de las Cruces (Lituania)

han dado testimonio. Ellos son santos.

El obispo [Linas Vodopjanovas, O.F.M., responsable para la vida consagrada] habló sin matices –los franciscanos hablan así–: «Hoy, en muchos sentidos, nuestra fe se pone a prueba», dijo. Él no pensó en la per-

secución de los dictadores, no. «Después de responder a la llamada de la vocación, con frecuencia no sentimos más alegría en la oración o en la vida comunitaria».

El espíritu de la secularización, del aburrimiento por todo lo que tiene relación con la comunidad es la tentación de la segunda generación. Nuestros

padres lucharon, sufrieron, estuvieron en la cárcel y, quizás, nosotros no tenemos la fuerza para seguir adelante. Tened esto en cuenta.

La Carta a los Hebreos exhorta: «Recordad aquellos días primeros. No olvides a tus antepasados» (cf. 10, 32-39). Esta es la exhortación que os dirijo al inicio.

*Viaje apostólico del papa Francisco a Lituania, Letonia y Estonia.
Septiembre de 2018*